

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca



Juventud, divino tesoro, cuando se halla en el
trabajo y el esfuerzo la suprema satisfacción.

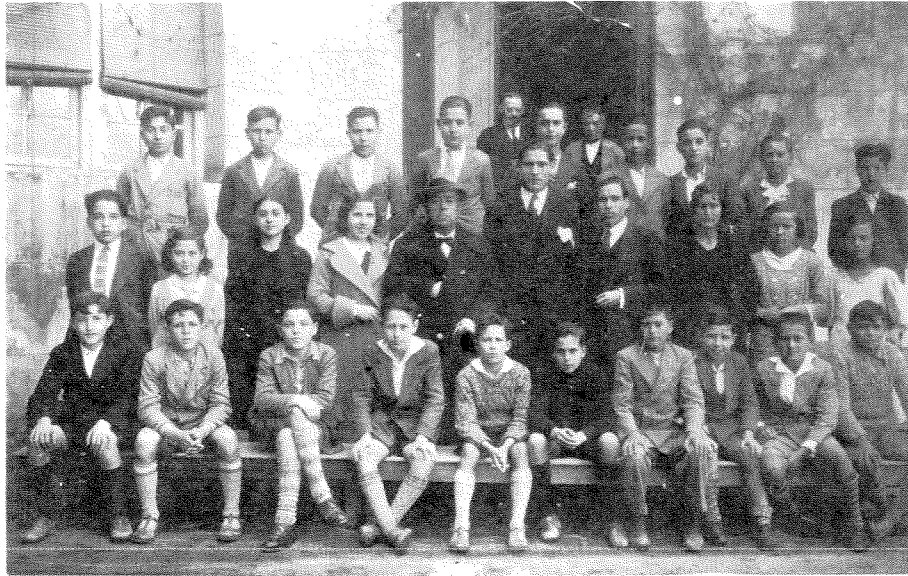
NOTA PRELIMINAR

Se había pensado que el libro 50 fuera una especie de resumen o estudio de la obra realizada, pero los malos aires impidieron su preparación que se aplaza para algo después, juntándose los trabajos y fotografías recibidos con los que vayan llegando. El presente número sigue por esa causa el orden numérico natural y la estructura aproximada de los 48 anteriores. Perdónesenos este involuntario retraso en la realización del anunciado propósito, que no es anulación, sino simple aplazamiento, si las fuerzas no nos abandonan.

POR
RAFAEL
MAZUECOS

FASCICULO XLIX

Impulsos de las Escuelas Ferroviarias



Publicados ya diferentes aspectos de “Las Ferroviarias”, se nos ofrece este no recordado que señala la inquietud con que se vivían en ellas los problemas de la enseñanza, pues con este equipo se arrancaron hacia el bachillerato. Y ahí está Caballero, el jefe, con sus barbas para acreditarlo. Lo que no se le ve son los andares de pies planos. Me parece que el de su izquierda es Toribio, el conserje, padre de Jesús.

Pues bien, este equipo de profesores tomaron a su cargo la obra. Don Francisco Iniesta y los dos jóvenes de su izquierda que vinieron o eran de Calzada de Calatrava, no se con qué categoría profesional, pero basta con la voluntad a juzgar por los resultados.

Los escuelantes eran de izquierda a derecha y de arriba abajo, Emilio del Campo; Castro, tal vez hijo del factor Cristóbal, escritor combativo de su época; Cañizares Zúñiga, hijo de Manolo el del lunar; Zarco, el alicantino; Bernal; Paco, el hijo del del Bar; Enrique Samper y Carrazón.

Segunda Fila.—Pepe el del Bar; Rosita Labadía; Adela Aranda la de las máquinas agrícolas; Gloria Jareño, la informadora de este recuerdo y mujer de buen temple; Don Francisco Iniesta, Don Ramón y Don Juan Antonio, los profesores. Pilar Cencerrado; la Bernardina de la calle Ancha e Isabel Vacas.

Tercera Fila.—Diego Serna, hijo de Adolfo, ingeniero de la Renfe en Cataluña; Escribano el hijo del revisor Tomás; Gaitero el hijo de Don Anastasio; Tomás Monteaigle; un chico forastero; un hijo de Pepe Toribio; Lope Castellanos y Torremoncha.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

La Candelaria 1982

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XLIX

INDICE

Portada
Nota preliminar
Contraportada 1. ^o
Impulsos de las Escuelas Ferroviarias.
Página 1
Conformidad
Página 2
Tonelería manchega
Página 13
Aportaciones al conocimiento alcazareño.
Página 16
Sobre las monjas de Alcázar.
Página 18
Modos y maneras.
Página 20
La música del Tomelloso y otros "casos"
Página 25
Notas bibliográficas.
Página 34
Cable para el otro mundo.
Página 36
Despacho para el otro mundo.
La casa de Cristóbal.
Página 38
Por sus frutos los conoceréis.
Página 42
Las quinterías que fueron.
Página 43
Tambores y banderas.
Página 48
El escuelante y su escuela.

CONFORMIDAD

La hipótesis lanzada en esta obra sobre que el Ayuntamiento fuera una torre de la fortaleza árabe, ha caído en el vacío como es natural viniendo de un alcazareño y ser ese el fin reservado a todo lo autóctono, pues nadie tiene ganas de romperse la cabeza.

No obstante, como el pobre porfiador saca mendrugo, según decía mi amigo Atanasio el yesero, que era un Séneca, esperamos poder seguir acumulando razonamientos sobre el particular, enclavando las murallas en nuestro plano urbano.

Y, como decía Mesonero Romanos en sus "Memorias de un setentón".

"Nada era, nada soy,
a mi nulidad me atengo,
y lo mismo ayer que hoy,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo".

TONELERIA MANCHEGA

I

Y al decir manchega, quiero decir primitiva, elemental, sin innovaciones, trabajo rústico, rudo, de fuerza y a mano, porque la tierra pone siempre resistencia a la penetración de la reja.

He conocido y tratado a todos los toneleros alcazareños de mi tiempo y a algunos muchísimo, a Marcos, el bajo de la música, que cargado con el instrumento llenaba toda la calle cuando iba tocando. A Martínez, también músico de la banda, como Fernando Vaquero, chico de mi tiempo y de mi vecindad. Bernabé Peluza y su cuñado, Antonio Calcillas, ambos salidos de la bodega del Marqués y con taller independiente hasta la muerte. El más pequeño de los Esperones que se enclavó en las Bilbáinas y a todos los que más o menos andaban a su alrededor. Y para que se vea lo que es tener delante las cosas y no verlas, ahora resulta muy trabajoso dar una idea clara de lo que fue este oficio tan importante entre nosotros para que no se olvide en el futuro, como lo está ya en realidad, pues aunque parezca mentira, en Alcázar no hay ningún tonelero ni casi nadie que tenga idea de lo que fue este oficio tan preponderante cuando se pasó de los pellejos a las cubas para transportar el vino.

Como verdadero milagro hay que considerar haber encontrado en el Campo de Criptana un tonelero en activo, Gregorio Manjavacas Violero, cuyos apellidos no dejan lugar a dudas y que le pasa lo que a Tiburcio en el molino que hacía serijos y caprichos para los visitantes y Gregorio hace tonelillos para los caprichosos, gracias a lo cual mantiene el fuego sagrado de un arte del cual no he hallado otro representante en toda la comarca vinatera. Nada de esto quita mérito a la obra ni modifica la técnica del hombre avezado a su oficio que domina desde la primera edad. Y Dios quiera que por muchos años, porque Gregorio es de los que siguen hasta el fin.

II

Quedamos cuando los pellejos en que había que escoger al animal y cuidarlo para que una vez sacrificado sirviera su piel en la botería y en el caso de la tonelería nos pasa igual con la madera destinada a su construcción, sobre todo en la tonelería vinatera, ya que barriles y cubas se hacen de muchas clases y para diferentes aplicaciones, algunas sin apenas transcendencia y de cualquier madera y poco cuidadas maneras, pero lo del vino es otra cosa y demanda mayores cuidados, siendo el roble y el castaño las clases de madera más usadas y del primero el americano que abre más fácil y limpiamente a lo

largo de sus fibras con un simple golpe, ha sido el preferido por todos los artesanos.

La tonelería ha abierto mucho su radio de acción y se ha mecanizado bastante, no se si perfeccionándose o adulterándose, pero la tonelería manchega se mantuvo pura y vivió circunscrita al taller artesano y a la construcción de los envases para el vino y al desaparecer esta aplicación en la comarca, desapareció el oficio en ella y a ese aspecto y a ese menester limitaremos nuestro recuerdo.

En los trabajos de este artesano, como en los demás oficios, (carpintero, herrero, zapatero, hojalatero y similares), sin asomos de mecanización, entraba por mucho su habilidad manual, su esmero, su capacidad o entendimiento y su gusto por la obra bien hecha.

El tonelero tenía muchas manipulaciones comunes con las del carpintero e incluso usaba las mismas herramientas en ciertos momentos, pero eran muy diferentes y como el oficio imprime su huella en el que lo ejerce, basta recordar a los nuestros y compararlos entre sí para darnos cuenta de sus hechuras, de sus callosidades, de sus andares, aún tratándose de personas de la misma constitución, por ejemplo, comparar a Navarro, el carpintero de los Alterones o a Julio Camacho con Marcos el tonelero que eran hombres de la misma corpulencia. A Calcillas que era un Chisgarabis, o a Peluza que era un fideo, con el tío Laureano, con el Rulo el carpintero o con Pajarillo y fijarse en las diferencias. Dos figuras muy parecidas lo eran Calcillas y el Angelillo de la tía Balbina. Pues todo lo que le sacaba de ventaja Antonio se lo debía a la tonelería. Y el mismo Chicharrillas comparado con los Muñoces. O los Tejeros entre sí, Julián y Enrique, tonelero el uno y carpintero el otro. El tonelero es hombre mucho más ejercitado, más magro y ágil. Pepe el de las Aguas, el hijo del tío Laureano, fue tonelero y como tal está fotografiado en el taller en nuestros primeros libros. Pues bien, al cambiar de oficio, afloraron sus factores hereditarios y se puso como todas las Laureanas, pues solo dos, la de los Alfredos y Jesús, quedaron algo más ahilados, más parecidos al tío Laureano que a la manta de abajo.

|||

Las tablas para duelas de mejor calidad proceden de los países del Báltico, de Bosnia sobre todo y de América del Norte. La tabla del Báltico llamada "Memel", es la que alcanza mayor precio. Es madera muy dura y difícil de trabajar por esa dureza.

Una buena duela debe oler francamente a la madera de que está hecha y no tener ningún signo de putrefacción ni señal de gusanos ni vetas de diferentes colores.

Los toneleros distinguen prácticamente la calidad, considerándola buena si se rompe en sentido longitudinal, a lo largo de las fibras.

El secado de la madera empleada en tonelería es de gran importancia para que no cambie con las temperaturas diferentes y se desajusten las piezas del tonel, por lo que los madereros le dedican la mayor atención, con muchísimos cuidados y largo tiempo de vigilancia, que no baja de un par de años o tres para el secado normal bajo cubierto como lo prefieren los toneleros, descontentos de los secados artificiales que si bien ahorran tiempo le hacen de perder calidad a las maderas.

La duela es la pieza fundamental del tonel o pipa y necesita esas cualidades, pero los fondos, aunque sean más pequeños y más fáciles de construir, deben ser de la misma clase de madera, aunque se aprovechen para ello trozos de los que sobran al hacer las duelas, que son más cortos pero de las mismas cualidades y sobre todo sin cortarlas las fibras, pues la impermeabilidad del tonel depende de su buen ajuste y de que las fibras de la madera de todas sus piezas vayan sin interrupción de un extremo a otro. El desgaje o rajadura, se ha de hacer de la misma manera, sin limitación en la anchura, pues cuanto más ancha sean las tablas menor el peligro de fuga del vino.

Tan importantes como las duelas y los fondos son los aros que sostienen todo el conjunto y que en la tonelería vinatera son exclusivamente de hierro. Son flejes de distintas dimensiones, de 15 a 100 milímetros de ancho, según los tamaños y de 1,5 a 5 milímetros de grueso, cuyas puntas se unen con remaches de hierro dulce, como hacían los sarteneros antiguamente.

I V

En la fabricación a mano, que es la nuestra, el tonelero se vale de herramientas manuales y confía más que nada en su habilidad y costumbre de apreciar a ojo la forma de los objetos, de donde viene el dicho, dedicado por los prácticos a los diversos manejos de sus menesteres según aconsejan las circunstancias y la experiencia, a ojo de buen cubero, que es según su buen sentido y habilidad.

El tonelero usa comunmente las mismas herramientas que el carpintero para trabajar la madera, serruchos, formones, martillos, etc., pero maneja otras que son especiales y de uso propio de la tonelería. A veces, siendo las mismas, como los cepillos y azuelas, están modificados en su forma para adaptarse a las formas del objeto.

El tonelero como el carretero ejecuta muchas de sus obras en el suelo. De ahí que los pisos en estos talleres sean de tierra y mucho más sucios que.

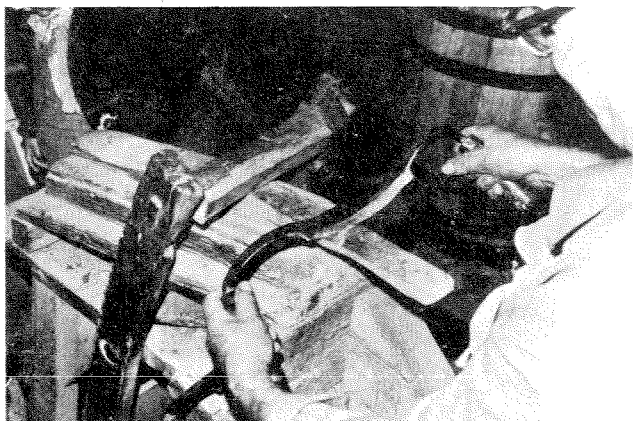
las carpinterías y fraguas y de que se salgan con frecuencia a la calle o a los corrales para ejecutar ciertos trabajos, pues las tonelerías siempre tenían pipas en la puerta.

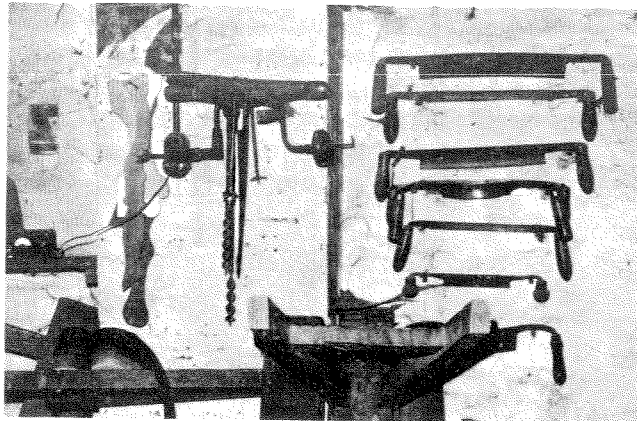
Sin embargo, cada uno tiene dentro de su taller los apoyos que le proporcionan mayor comodidad en su trabajo y al tonelero, dentro de su rusticidad, no le falta detalle, como puede verse en las fotografías que se acompañan.



Abriendo madera para sacar duelas con el Tallán y la maza. El Tallán, es una especie de hacha con el astil a un lado y el corte horizontal. La madera que se desgaja está apoyada de punta sobre un tronco de árbol o tajo sentado en el suelo o un poco empotrado en el piso.

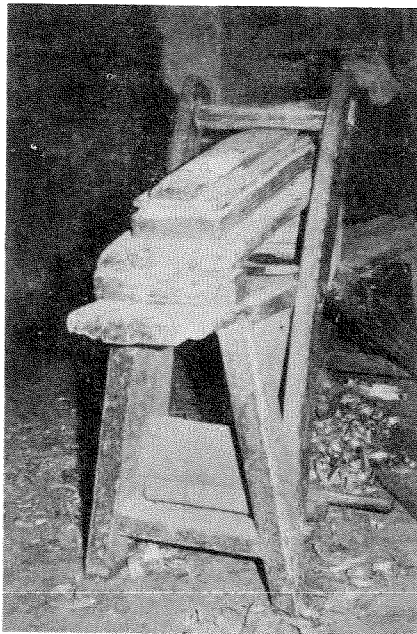
Cortadas las duelas se labran en el banquillo con las cuchillas derechas o planas, de vuelta o de media caña.





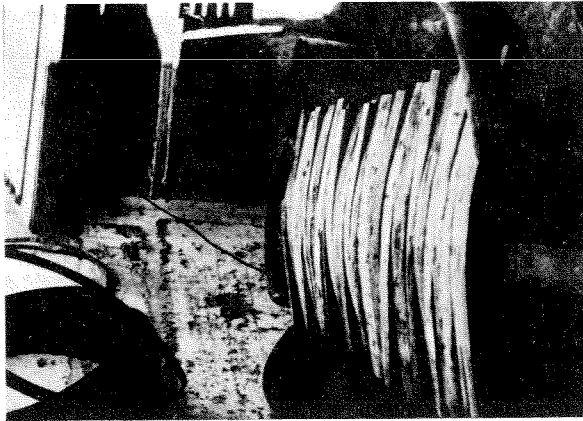
Algunas de las herramientas especiales del tonelero.

El banquillo de labrar es un artificio rústico, tan bien ideado, que permite al tonelero trabajar cómodamente sentado y sostener firmemente la pieza haciendo girar con los pies el bastidor vertical en la forma que se aprecia en la fotografía. A este banquillo suelen llamarle MOCHUELO.



Terminadas de labrar se "rejuntan" las duelas, en el SEMÉN, que es una garlopa grande montada por sus extremos sobre unos pies firmes, en plano inclinado para facilitar el trabajo, cuya cuchilla entra por la cara inferior y tiene el filo hacia arriba. En él se moldean las duelas dándoles a los cantos la inclinación necesaria para el buen acoplamiento de unas con otras y el adelgazamiento preciso en los extremos para formar las testas. A esta garlopa suelen llamarle también LA PALOMA.

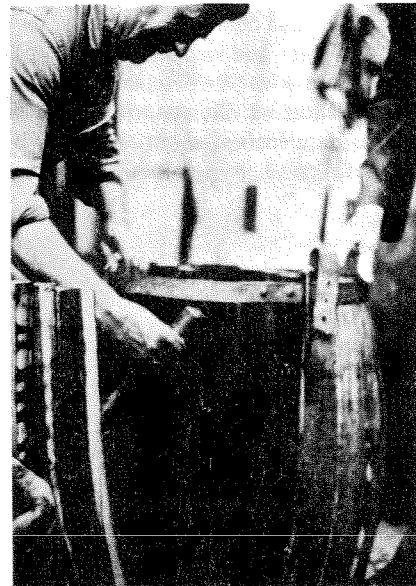




“Rejuntadas” las duelas, o sea adaptadas las juntas y dándoles forma a las cabezas, se colocan las duelas sobre la Estesa, que es una especie de regla larga y ancha, donde están marcadas a golpe de formón las distintas medidas para calcular el tamaño de los barriles. Las duelas se colocan sobre la Estesa en la forma que se aprecia formando un plano horizontal y se comprende que si se curvara la regla acompañada de las duelas quedaría forjado el barril de la capacidad deseada.

Terminadas las duelas y apreciada su medida en la Estesa, se procede a armar el casco del tonel con los aros de armar que son más fuertes que los de fijar, momento representado en esta fotografía.

Se toma un aro de boca y se le pone horizontal sobre una piedra o el suelo y va colocando duelas dentro del aro unas al lado de otras hasta colocar todas las que deben formar el tonel. La última entra más forzada pero si se encajan bien se sostienen unas con otras como las piedras de una bóveda después de colocada la llave. Es cuestión de paciencia y habilidad valiéndose de los recursos que cada uno tenga a mano, para sostenerlas. El casco toma la forma de un tronco de cono con la base mayor apoyada en el suelo, quedando en esta base las puntas de las duelas separadas y abiertas. Si la última duela entrase demasiado apretada o suelta debe corregirse el defecto. Conseguida la buena colocación debe comprobarse si el mismo ajuste se obtiene colocándolas invertidas, corrigiendo los defectos hasta cerciorarse de que las duelas forman circunferencias iguales por los dos extremos.



Después se pone un aro de vientre que entra sin dificultad hasta que queda apoyado en las duelas paralelamente al aro superior. Con el chato y el martillo se va golpeando sobre estos aros para que opriman las duelas y de cuando en cuando se golpea también sobre las cabezas de estas para conseguir que apoyen todas por igual en el suelo.

Los pequeños defectos que suelen aparecer se solucionan golpeando por dentro del casco hasta obligar a las duelas a formar una superficie lo más igual posible.

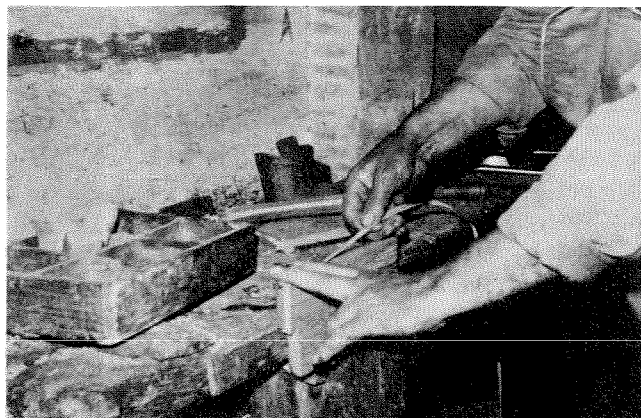
Una vez armado el casco, se está en el caso de domarlo o curvarlo, obligando a las duelas a tomar la forma curva.

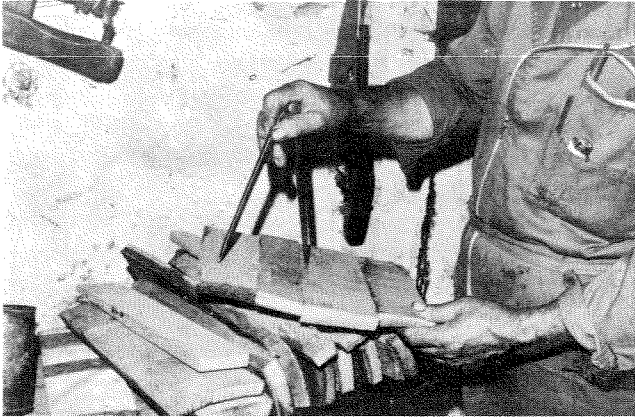
Colocado el casco apoyado sobre su base mayor, con los dos aros colocados en la parte más alta, se hace fuego en su interior con virutas o con un hornillo, para suavizar la madera y hacerla más flexible disminuyendo las probabilidades de rotura durante la curvación. Un fuego suave que se prolongue es preferible a otro más breve y fuerte que pueda dañar las duelas, conviniendo centrar el calor en la parte del vientre que es donde doblan las duelas, y por tanto donde están más expuestas a romperse.

Cuando el tonelero comprueba con sus manos, tocándolo por fuera, que se ha calentado por igual todo el contorno del vientre, vuelve el casco boca arriba y le aproxima el gato de armar cuya cuerda pasa por el exterior del casco a unos diez centímetros de la parte alta. A medida que va dando vueltas el husillo o torno del gato las duelas se van aproximando las unas a las otras y cuando ya se puede entrar alrededor un aro de boca se quita el gato quedando las duelas aprisionadas dentro del aro, y se quita la cuerda. Después se entra un aro de vientre que aprieta como los anteriores, y se corrigen los pequeños defectos en las juntas con ligeros golpes en el interior.



Se está en el caso de hacer los fondos y colocarlos si no se habían hecho de antemano.





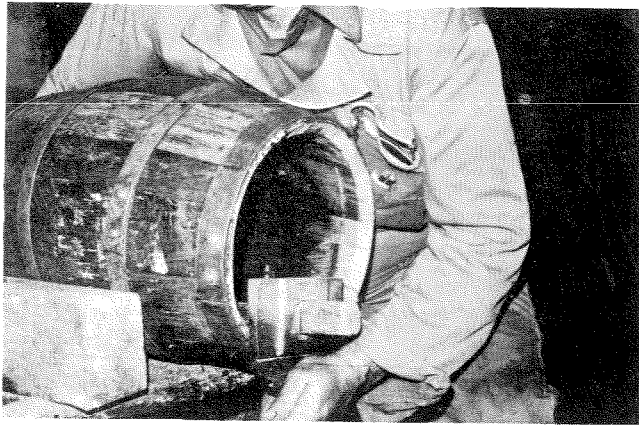
Las tablas de los fondos se enclavillan con clavillos de dos puntas poniendo entre cada dos juntas una hoja de anea para su mejor adaptación.

Enclavilladas todas las tablas se hace el trazado para redondearlo.



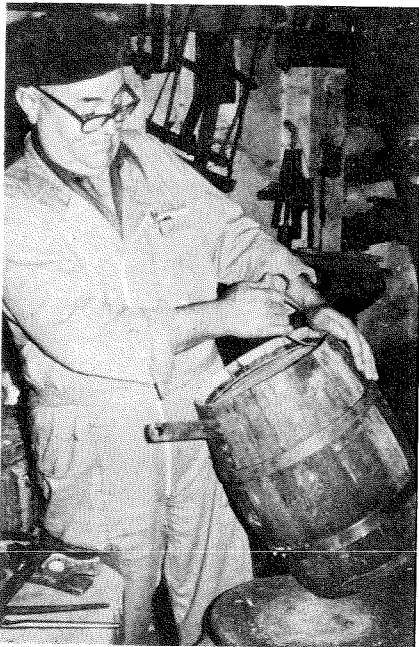
Ribeteando el fondo en el banquillo de labrar o en el suelo de una pipa de 40 arrobas.



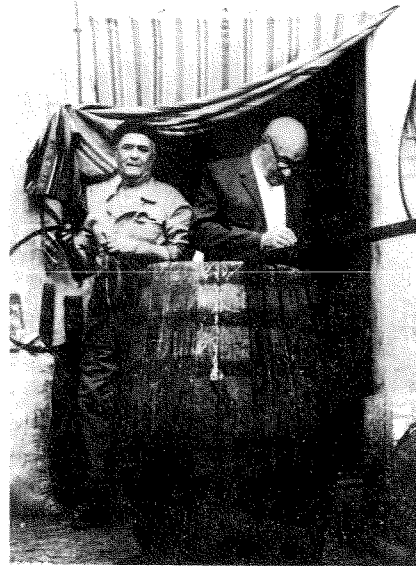


Al testar se igualan las duelas para que no sobresalgan unas de otras al manejarlas o ponerlas de pie. Y se hace el galse, que es la ranura para colocar el fondo.

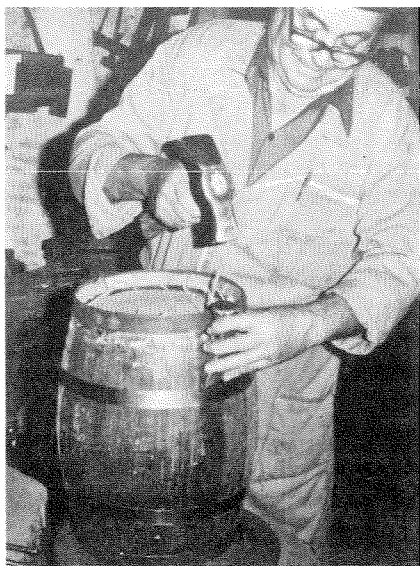
Muchas maniobras interiores se ejecutan mejor teniendo el barril tendido sobre cabrillas o en un banco de forma de media luna donde el barril queda completamente sentado para trabajar en él con seguridad. Ahí, Gregorio, en el banco plano, lo sujeta entre tarugos que son mañas propias de quien por dominarlo todo le sale bien.



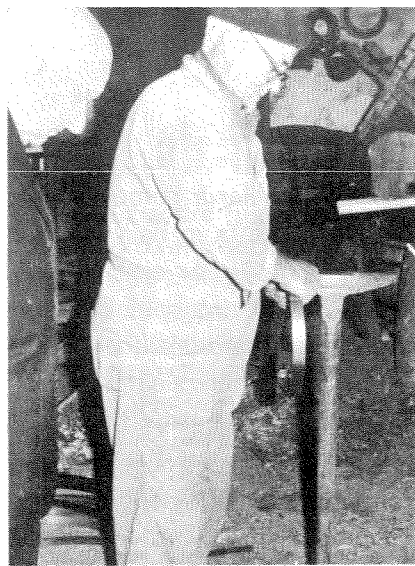
Fondando con el tirafondos.



Gregorio se dispone a poner el aro de testa a una cuba grande.



Apretando los aros una vez puesta la anea del fondo que se ve bien visible.



Clavando los aros en la bigornia.

Apretando los aros con el chato y el martillo, que no es tan fácil como parece hasta que se aprende a hacerlo a ciegas, pues el chato ha de colocarse bien vertical sobre el aro porque el golpe es más eficaz y porque si se inclina hacia las duelas puede dañar la madera y si se inclina hacia fuera podría saltar y herir la mano del tonelero.

Cepillado con la raspeta para darle vista al tonel terminado.

Como final se hacen los dos agujeros que ha de llevar todo tonel, uno en el vientre llamado corchera, para llenarlo de líquido y otro en uno de los fondos para colocar en él una canilla, para sacar y beber cuando se desee sin destapar el barril.



V

La tonelería como todo y acaso más que nada, tiene sus tranquillos que, aparte de la maña y del dominio, resuelven muchas triquiñuelas y dan valor al envase. Por ejemplo, la línea perpendicular desde el agujero de la panza al fondo, no debe caer sobre una junta y exponerla a rezumar, sino en el centro de una duela que es más firme.

Y así lo hace siempre el amigo Gregorio Manjavacas, al que la tonelería y la vinatería manchegas habrán de agradecer siempre esta postrera aportación sobre un oficio que fue importante y ha desaparecido casi completamente, pero nuestra historia guardará de él este recuerdo perenne.

Las fotografías precedentes se deben a mis nietos, Dr. Benezet, Luis, Guillermo y Javier

* * *

Este es Bernabé Peluza, el hijo de Venancio el caporal de la bodega del Marqués, con lo que está dicho todo en cuanto a trabajador, cumplidor y responsable de la obligación.

Tenía una hermana que se casó con Antonio Calcillas y los dos fueron de los últimos y mejores toneleros de Alcázar, de la misma promoción y se mantuvieron puros hasta el final.

Bernabé está aquí con un nietecillo a la sombra de una portada de enfrente de su taller, que lo tuvo en la Cruz Verde en la casa que su padre tenía en partición con su hermana Joaquina, la gran mujer de la que tanto he hablado y que me quería como a un hijo teniendo ella muchos, Joaquina Ramos, la Joaquina de Peluza, un ser alcazareño de suprema calidad.



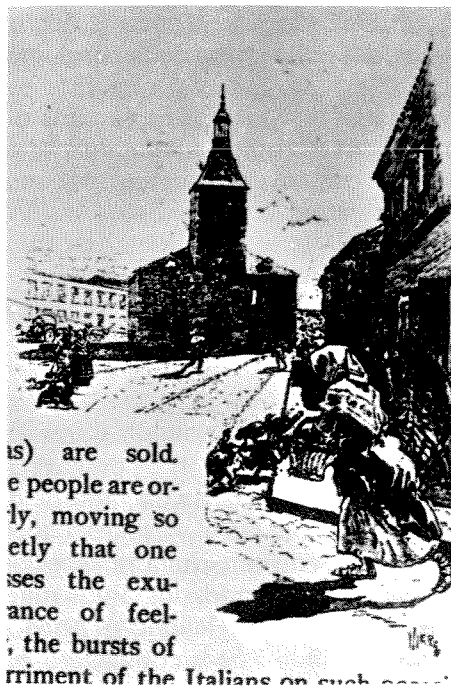
Bernabé se enfadó conmigo ya de viejos porque se me murió su hija entre las manos, estando dando a luz normalmente, de un edema agudo de pulmón y su dolor de padre no le permitió reconocer lo razonable, gran amargura profesional que me confirmó en el juicio de que el médico no puede tener amigos y debe resignarse a vivir entre los enfermos y a solas con su deber, su vocación y su conciencia. La Joaquina de Peluza fue el carácter más abierto y conforme que he conocido en Alcázar, Joaquina Ramos Montealegre, cuyo marido, Tomás Muñoz, al que decían el Hermosete, por ser bien parecido, falleció muy joven dejándole cuatro chicas y dos chicos: Santiago, Isidora, Rosario e Isabel, Isidro y Tomás, todos afables y extremadamente serviciales.

Aportaciones al conocimiento alcazareño

Entre los libros ingleses que arrojan alguna luz sobre nuestra historia, está el de August F. Jaccaci, escrito hace un siglo aproximadamente y titulado **EL CAMINO DE DON QUIJOTE**, (Por tierras de La Mancha) y que otras veces hemos citado en el curso de esta obra por lo bien que observó la posada de la plaza y su vida y por las fotografías de los pueblos de la comarca, pero la edición inglesa tenía unos dibujos de Vierge, notable dibujante que acompañaba al escritor en su viaje y de los cuales vamos a reproducir algunos de los referentes a Alcázar y que debemos al muy ilustre investigador manchego, ya fallecido, Don Manuel Corchado Soriano, que tenía la edición inglesa y se interesaba mucho por la historia de Alcázar y de toda La Mancha.

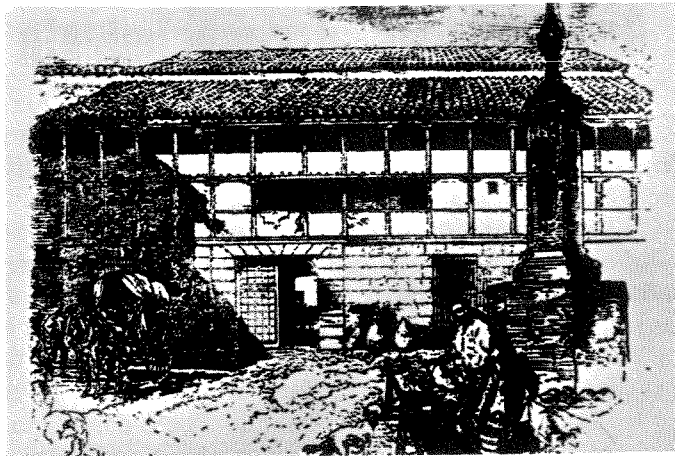
Estos dibujos, que vienen muy a pelo con el momento que vive la obra alcazareña, darán idea a los paisanos de la importancia de aquel viaje, aunque aquí pasara desapercibido, por confirmar algunos detalles de los publicados y también por plantear otras dudas que brotan de los dibujos mismos y de nuestro desconocimiento.

El primer dibujo, "primera confesión, primer tropiezo", se refiere a la plaza que está nevada y el Ayuntamiento visto por la fachada del norte. La proyección está tomada desde la esquina del callejón de Don Juanito o de Santiago y ofrece una vista completa de la plaza que concuerda exactamente con la realidad de antes, incluso en la mujer que se dispone a cruzar, del aire de la Picuca, con la saya de encima recogida al modo de la de cobijar. Nuestras mujeres llevaban la saya camisonera, fina, sobre la camisa, sobre ella la bajera de un poco más cuerpo, el refajo o crucero los inviernos y en todo tiempo la de encima que era la que se recogían para más soltura en las faenas y sobre ella la de cobijar para echársela por la cabeza al salir durante los días fríos. La del dibujo, bien observada en lo repompuda, dobla la esquina de Frasco dirigiéndose hacia el estanco, lleva además pañuelo en la cabeza y en el cuello. Al pie de la acera hay un hatejo de pavos, cosa rara por aquí. La casa de Frasco tiene un balcón corrido de tres huecos visibles y una mujer asomada al primero. Está hecha la casa de la Tercia pero no el casino.



as) are sold.
e people are or-
ly, moving so
etly that one
ses the exu-
ance of feel-
; the bursts of
riment of the Italians on such occasions

En el boquete izquierdo del Ayuntamiento hay una muralla como de cuatro metros de alta que tapa todas las tiendas de la casa de la tercía y delante de ella, como dirigiéndose a la posada, un carro entalamado con reata de tres mulas. La muralla no arranca del Ayuntamiento sino que



cruza como desde la esquina de José Pastor hacia el centro de la plaza. No ofrece ninguna duda el realismo del dibujo. El tejado del poniente del Ayuntamiento esta blanco y negro el del saliente y también blanquecinas las caídas de la chapa de la torre, indicando todo de donde venía el aire.

Dentro de la plaza, el artista se dejó seducir por la magnificencia de la posada de la que el escritor nos dice ser la más importante y grandiosa encontrada en su camino, habiendo pasado ya por la de Venta de Cárdenas, Quesada y la muy notable del sol en Herencia que tenemos publicada.

Los excursionistas se hospedaron allí y lo comentan con especial agrado comparando a la dueña con una dama romana y quien haya conocido a la Cayetana no pondrá en dudas la comparación. Comenta así mismo la presencia de un niño de dos a tres años que era el verdadero dueño de la casa, con servidumbre especial e irascible como todos los niños mimados. Se trata de Heliodoro Abad, el hermano de la Zoa y compañero mío de la escuela. Es verdaderamente subyugente la descripción del vivir en el aposento.

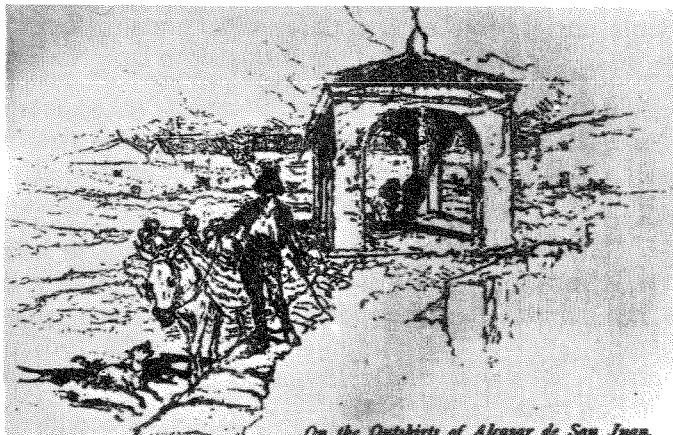
En el mismo libro hay una fotografía de la puerta de la posada



que ya se publicó y que ofrece no pocos contrastes con el dibujo de Mister Vierge, y que parece demasiado para considerarlo todo como caprichos del artista. A la izquierda hay un gañán con la tartana enganchada y en disposición de marcha que puede ser para llevar a los ingleses. La sombra que envuelve el carricoche y la parte izquierda de la fachada, es la proyectada por el Ayuntamiento con un sol de cara de agua. Es normal que en la puerta de la posada haya tinajas y coladores de venta, boca abajo en el suelo. Lo es así mismo el perro y el vendedor que figura a la derecha en primer término, pero ¿y el monolito que hay detrás de él, qué representa?. No es una fuente porque nunca la hubo ni podía haberla y la primera se situó en la plaza de su nombre. No es una luz porque tampoco las había y de ponerla se hubiera puesto en el centro de la plaza como se puso después. No es una imagen aunque lo parezca ni un rollo o picota porque lo estuvo por la casa de Julián Talega más arriba del Arenal. ¿Qué es entonces?. He aquí el problema.

En el tercer dibujo vemos al escritor dentro del torreón hablando con su acompañante, posible mandadero de la posada, de calzón corto, calcetas blancas y senogiles un tanto atolondrado y el dibujante asomado a la ventana morisca, con los bancos laterales de piedra y la gruesa muralla característica de estas edificaciones. El cuarto dibujo es el más interesante por ser desconocido para la mayoría pues se trata del Cristo Villajos.

Podía ser el sepulcro pero es de seguro el Cristo por las referencias tradicionales que se tienen y por la descripción de su portal que nos dejó Don Juan Alvarez Guerra Castellanos. Además, de ser el



On the Outskirts of Alcazar de San Juan.

sepulcro tendría el cerro al fondo y no el caserío y el detalle del aguador que se aleja del pueblo por terreno llano y camino derecho, es decir, que va de vacío y a cargar. Al sepulcro hubiera ido por camino serpenteante y en cuesta y sin objeto porque el camino del agua lo hubiera sido el de las Peñas Rubias. El portal es muy característico pero no lo es menos el aguador, tocado de montera de pellicas de conejo hecha a mano, una para cada lado de la cara que se la cubre hasta el cuello y otra para el cocote y arreando a la borrica cargada con las aguaderas y los cántaros camino de las Santanillas que eran las aguas más próximas y las mejores. En uno de los últimos libros se aludió al Cristo cuando era una ermita solitaria en el campo y se prometió demostrarlo con algún documento irrefutable como lo es este dibujo que unido a la descripción de D. Juan Guerra no deja lugar a dudas y queda cumplida la palabra.

Sobre las monjas de Alcázar

Aclaración acerca del paso de la
Reina Isabel II por la estación.

I

Mi entusiasmo por estos trabajos me hizo visitar un día a D. Natalio Rivas, exministro y escritor notable que conocía como nadie nuestra historia del siglo XIX. Se aludió a Isabel II y le extrañó muchísimo al oírme que había estado en Alcázar y no lo sabía él, que seguía los pasos de todos los personajes de esa época como un buen perdiguero. La minuciosidad de detalles que me pidió en un momento no es para dicho pero no se los pude dar, porque la historia es una obra lenta que si se la deja ir, después hay que reconstruirla poco a poco con los hallazgos, muchas veces casuales, de la atención sostenida a lo largo de la investigación. Hoy hubiera sido otra cosa y me complace dejar esta nota en recuerdo de aquella visita tan franca y agradable por el genio abierto del carácter andaluz, tan sobresaliente como rebosante de generosidad en el bondadosísimo Don Natalio.

II

En el libro 46 y en el programa de Jesús se habló del paso de Isabel II por la estación, de su detención y recibimiento y de su proyectada visita a las monjas que, después de completamente organizada, frustró el mal tiempo y tuvo que continuar su viaje a Madrid, sin bajar al pueblo (1), ocasión en que se llevó el encargo de regalar la túnica a Jesús y lo cumplió con regia esplendidez.

Era de extrañar la facilidad con que accedió a detener aquí su viaje para visitar a las monjas, pero ya no sorprende tanto sabiendo que Sor Patrocinio, la famosa monja de las llagas, era manchega y concepcionista.

Creo que este hecho no está tan divulgado entre nosotros como merecería una persona tan dispuesta, tan combatida y tan ajetreada toda su vida, con numerosos destierros, infinitos traslados y una firmeza inquebrantable para continuar su misión. Sería de desear que otra persona tan autorizada como mi admirada doña María Luisa Vallejo, conquesse como ella y tan documentada en la mística manchega, nos completara un estudio de esta singular mujer, no menos andariega que Santa Teresa de Jesús, no menos fundadora y mucho más política, aunque menos literata, pero de su mismo linaje y brío.

Ocurrió lo de Alcázar el año 1858, al inaugurarse el ferrocarril de Alicante y estando Sor Patrocinio en plena efervescencia de crear y fundar, cuando regentaba el Convento de Aranjuez, de fundación Real y habiendo sido visitada por los reyes y por el Arzobispo de Toledo, momento en que se presentó una Comisión del Municipio de Alcázar de San Juan a pedirle la fundación de otro convento. En todos los pueblos de España querían ver de cerca a la monja de las llagas y en Alcázar de S. Juan le prepararon un recibimiento triunfal que ella evitó astutamente, sin que podamos dar ninguna noticia más de este suceso pero sí de lo propicio del ambiente para la escenografía. Hay que suponer como probable, por su relación con las actuaciones de Sor Patrocinio, que la petición municipal de Alcázar se produjera por el año 1857, estando la reina Isabel II embarazada de Alfonso XII y pasado ya aquel acto de proclamación como prelada de la Real Fundación de Aranjuez, ante los reyes y con la asistencia del primado, que haciendo falta un báculo y no habiéndolo en el convento, cedió el suyo y lo regaló a la abadesa que lo empuñó humildemente. El cetro de las españas estaba allí también y el espíritu de España y el espíritu santo.

A los 80 años de edad y de calvario, de dulce e ilusionado calvario, en el que no faltó de nada divino ni humano, desde la preeminencia en la Corte a los estigmas de la santidad, desde el cortejo amoroso por su gracia y por su hermosura hasta el desprecio más resentido y cruel, desde la devoción popular a la persecución por la justicia, pues bien, al cabo de esos años y de sesenta de priorato, asiste al último capítulo y le dice a las monjas:

“Os digo, hijas mías, que os ameís las unas a las otras, que os ameís en perfecta caridad; que habléis poco y siempre bien de vuestras hermanas si quereís llegar al reino de los cielos. Que nunca os quejeís ni murmureís las unas de la otras, ni solas ni acompañadas. Que os perdoneís de todo corazón vuestras faltas. Tener siempre una china en la boca para que vuestra lengua no se precipite nunca a decir cosas inconvenientes, sino que se mueva solo para bendecir a Dios y para hablar cosas sencillas e inocentes”.

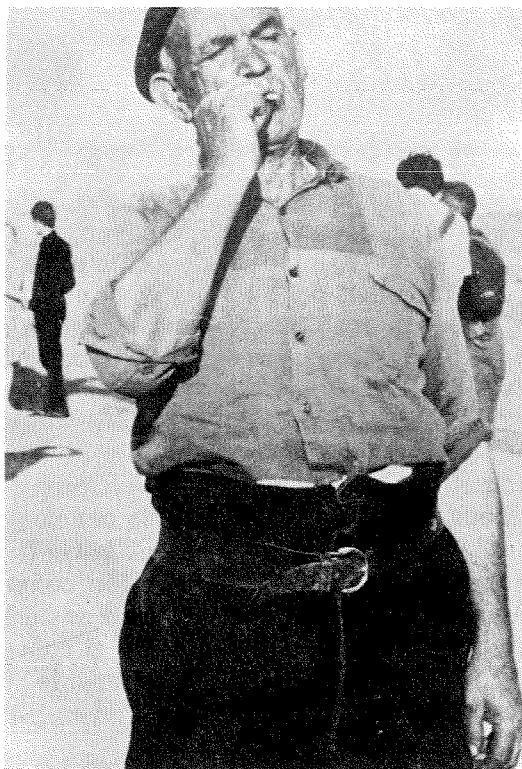
Palabras que a nadie le estorbarían ni le estorbarán ahora para su propio gobierno.

(1) Lo de bajar al pueblo no es una manera de decir sino que había que hacerlo por no estar entonces la estación dentro de la Villa y encontrarse despoblado y cultivado todo el terreno desde la estación a la entrada de la calle de San Andrés que no era la principal.

MODOS Y MANERAS

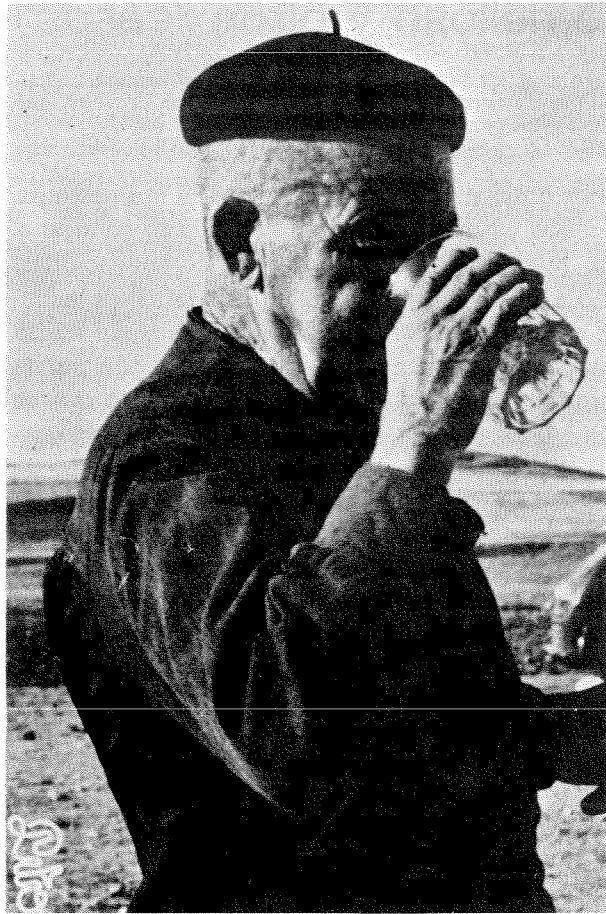
Laureano Albiñana, hombre abierto, despechugado y despanzurrado, le da una chupada al pito cara al sol que le obliga a entornar los ojos.

Ese aire le venía de su madre, civila, porque su padre, ebanista levantino, era más bien delgado y agobiado y de los muchos hermanos, él y la chica eran los de mayor herencia materna y por algo le daría Julián la huerta de la fuente.



Manera poco corriente de beber aquí, a boca cerrada y chupando como una sanguijuela.





El vaso es grande y gordo pero la mano atrabanca con firmeza y el de la boína traga sin resollar y cerrando los ojos, pues conocerá el remate por lo empinado del codo y por no caer alpiste en la tolva.

Son tres estampas muy propias del lugar pero les pasa lo que a Don Quijote que no son nadie sino la representación de la comarca más llana de toda España y de cualquiera de sus lugares. Sus rasgos son tan puros y tan profundos que se les puede encontrar en Alcázar lo mismo que en Tomelloso o en Socuéllamos, sin que jamás le den un mal rato a un pito ni desprecien un buen trago.

Son puros en estas estampas los hombres y sus modales y son espúrios el porrón y el vaso. Ya se ve que las fotografías están hechas al pie de un molino, lo es el de Josita Hernán en una de las fiestas que solía organizar para alegrar a sus visitantes.

El bebedor lo es Félix Leal Leal, uno de los Miguelillos del callejón de los yeseros, cuñado de Zahoria y que ese día fue al zurra con Manuel Rochano, también vecino de la vereda toda la vida.

La música del Tomelloso y otros "casos"

Las fotografías de esta crónica tomellosera nos han sido facilitadas por el fecundo coplero local D. Julio García Caballero, que siente como propias las cosas alcazareñas. Loado sea.

Dicho sea en los términos policiales que García Pavón ha impuesto para todos los gatuperios, entre reales y novelescos, que desarrolla en su lugar y precisamente en estos, mucho más sencillos y exentos de complicaciones, puede ser donde Manuel y don Lotario mismo, se hallen más faltos de asidero para esclarecerlos, a pesar de no necesitar más que los ojos y esa cierta lucecilla interior que se enciende cuando le corren a uno de antiguo por la sangre los aconteceres de la ciudad, lo que se dice, lo que se oye, lo que se piensa, lo que se escucha y lo que se percibe en el silencio de las madruga-



das en las anchas calles tomelloseras donde se hacen audibles los ruidos más leves, cuanto ni más las pisadas de los que transitan y los pasos de ese perro perdiguero que es Plinio para olisquear la caza y descubrir las piezas perdidas, aunque no hiedan.

El tomellosero, forjado por la gañanía, siguiendo a la yunta, es pausado, lento en el moverse y en el hablar, pero de pies bien sentados, hombres de buena pasta y de anchas plantas, como sin duda lo es Plinio. Don Lotario, su interlocutor, que le sirve para reforzar sus juicios y contrastar sus sospechas dándoles vueltas, cosa que tal vez no lograría tan ahínas estando solo consigo mismo, porque la razón de que se sepa todo en el Tomelloso, en Alcázar o en la Alameda, es el machaconeo continuo, el revo-

loteo de las urracas y la cuquería de los cuquillos, pero una cosa es acechar delincuentes y otra descubrir cadáveres, aún siendo la cosa más difícil de ocultar, de lo que más pesa y estorba y mantiene sus acusaciones durante siglos que duran sus huesos y se dan a ver tarde o temprano.

La gente de Tomelloso no está en las calles, como si se perdiera en ellas por ser demasiado anchas. La gente está en cambio en la plaza a todas horas, aunque yo no haya conseguido todavía una fotografía que la represente tal cual estaba antes de los coches, llena de tomelloseros y es extraño que con tantos y tan calificados pintores no hayan pintado la plaza como era, como un gran barco con toda la marinería en la cubierta.

Yo que he seguido un poco los pasos de Plinio, sin disponer de su cuerpo de guardia ni de ninguno de sus recursos policiales, sé lo difícil que resulta identificar a los vivos o muertos recientemente, aún mostrando su figura y reuniéndolos con motivos resonantes.

No todos los misterios ni los secretos tomelloseros están en el Canalillo. Existen en la vida corriente algunos que pueden poner a prueba las dotes policiales de Plinio y el conocimiento de Don Lotario. Y uno de ellos pudiera ser la identificación de las personas que figuran en estas fotografías. ¿Quiénes son? ¿En qué época y donde se retrataron y con qué motivo? ¿Dónde pudieron dar a la música un premio para que se retrataran de gusto?

Hay que reconocer que Plinio acierta, pero también hay que proclamar que se las ponen como a Felipe II las carambolas. Y estas fotografías de época no ofrecen tampoco complicaciones ni están faltas de orientaciones, siempre que él no las encenice con lo mucho que fuma y se "bollisquea" el uniforme y cuanto toca, pues con el pito da tiempo a su discurrir y con Don Lotario afianza sus intuiciones.

A la luz del bar Alhambra, que no es tan deslumbrante como la del Ayuntamiento, puede observar estos retratos tomelloseros entre sorbo y sorbo de café y en caso de necesidad, ir con el seiscientos de Don Lotario a consultar a las personas que puedan sacarle de dudas.

Vamos a ver, Manuel. ¿Quiénes son estos que les hicieron decir a los del Ayuntamiento:

— ¡Ya tenemos música!

Y tocaron tanto que les dieron un premio.

Y ¿quiénes fueron estas tomelloseras, no tan repompudas como las terreras, Don Francisco y que en su momento dieron vistosidad y eficacia a una misión humanitaria?

A ver, a ver, que estas no tienen necesidad de ocultarse y pueden ser examinadas en la plaza por todo el cuerpo de guardia y decir de quienes se

trata. Lo que hace falta es saberlo. ¿A que no nos lo dice ni descubre para qué sirvieron, que misión cumplieron y que continuación podrían lograr?

En cuanto al arte musical, es chocante que el Ayuntamiento en su libro reciente no lo haya mencionado para nada. ¿Es que no existe? ¿No le da a nadie por ahí?

Se llama TOMELLOSO, es el título del libro con que el Ayuntamiento fraterno ha tenido el buen gusto de celebrar la feria de 1980 y obsequiarnos con unas muestras de la obra de cada uno de sus hijos que brillan con luz propia en la vida artística contemporánea. Son pequeñas pinceladas pero suficientes y oportunas para comparar en breve tiempo los gustos de cada uno y saber que algo tiene el agua cuando la bendicen.

Me temo que este libro no tenga la difusión necesaria para que los demás Ayuntamientos se den cuenta de los deberes de la paternidad para impulsar los afanes y las aspiraciones de sus hijos y que sepan que no solo de pan vive el hombre.



El libro es un modelo de limpieza tipográfica, de sencillez y de claridad que seduce por lo natural. O sea, que es un libro tomellosero en su totalidad, del Tomelloso y de los tomelloseros, para que se tenga idea de su ejemplaridad, aunque ellos, por si acaso, se hayan preparado apoyos a distancia, pero hay que reconocer y proclamar en su honor que la obra que aparece espigada en el libro, es netamente tomellosera y obtenida a fuerza de cavar la tierra, como una viña, aunque ajardinada de puro cuidado.

No es propio de tu carácter tozudo, Manuel, ni de tu sagacidad, darte por vencido, pero te diremos por si no te acuerdas, que esta banda la componían 42 músicos y el maestro que fue parte de la municipal de Madrid y que se retrataron el día que estrenaron los uniformes para cuyo coste tocaron un anochecer en la plaza de toros. ¿Te suena?



Pero espérate que los del Ayuntamiento de entonces están aquí en un lugar que cualquiera lo adivina y con un señor de "güito" que cualquiera sabe quien será. ¿Te huele a algo?



Y de esta patulea de tomelloseros, ¿qué me dices, Manuel? ¿Dónde iría tanta gente y que harían allí, aparte de comer porque tienen cara de haber comido y bebido a gusto.



Y ya puestos, Sr. Jefe, para que no pierdas el rastro, te diremos, que estos son los Diputados provinciales de la misma época. Haber si les das. El que hay en el centro, de impermeable y paraguas, es Pepe Ortiz, de Alcázar, pero ¿y los otros? Hay que ver lo que ha variado desde entonces la facha y las trazas de la gente y sus modos y maneras.

Salían de celebrar la sesión semestral. O sea que con dos reuniones al año lo despachaban todo. Y eso que era la época de los oradores y ahora que no hay ninguno no dan a basto ni dejan a nadie con tanto hablar.



Plana mayor del partido republicano de Tomelloso y otras poblaciones del distrito de Alcázar de San Juan, donde acaban de realizar una excursión política el gran orador D. Melquiades Alvarez y el redactor de El Liberal D. Tomás Romero, a quien recomiendan para diputado por aquel distrito los Sres. Salmerón y Alvarez.

Como siempre, también los alcazareños andan en el ajo y en el frente hay dos que no niegan la pinta, lo sorprendente es que falten otros, como D. Oliverio, aunque está Alvarito que por entonces mariposeaba por el bufete de D. Melquiades.



Y ya puestos, Sr. Jefe, para que no pierdas el rastro, te diremos, que estos son los Diputados provinciales de la misma época. Haber si les das. El que hay en el centro, de impermeable y paraguas, es Pepe Ortiz, de Alcázar, pero ¿y los otros? Hay que ver lo que ha variado desde entonces la facha y las trazas de la gente y sus modos y maneras.

Salían de celebrar la sesión semestral. O sea que con dos reuniones al año lo despachaban todo. Y eso que era la época de los oradores y ahora que no hay ninguno no dan a basto ni dejan a nadie con tanto hablar.



Plana mayor del partido republicano de Tomelloso y otras poblaciones del distrito de Alcázar de San Juan, donde acaban de realizar una excursión política el gran orador D. Melquiades Alvarez y el redactor de El Liberal D. Tomás Romero, a quien recomiendan para diputado por aquel distrito los Sres. Salmerón y Alvarez.

Como siempre, también los alcazareños andan en el ajo y en el frente hay dos que no niegan la pinta, lo sorprendente es que falten otros, como D. Oliverio, aunque está Alvarito que por entonces mariposeaba por el bufete de D. Melquiades.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HAMLET.—Estudio preliminar y notas de Margarita Labadía Mazuecos. Editorial.—Cincel. Biblioteca de grandes obras de la Literatura Universal.

En el libro 45 se dió cuenta de la aparición de algunos libros vinculados de alguna forma a nuestro quehacer, el de Isidro Parra, el de Pallarés y el de Luis García Montes.

De algún tiempo a esta parte se viene produciendo este hecho que antes no se observaba, surgen trabajos por donde menos se les espera y de personas que por no conocerse no se sospecha su relación. No faltan los motivos diferentes pero a los que sus autores desearían darles desenvolvimientos parecidos y de cuando en cuando brotan a distancia publicaciones formales y aún maduras, al parecer inconexas pero de una trama íntima y espiritual que con el tiempo demostrará su vinculación, por lo que no es posible pasar



Después del trabajo profesional, la joven profesora acude a Dinamarca a rendir homenaje al ídolo literario que fue objeto de su estudio, como vienen los ingleses a la cueva de Medrano en Argamasilla, atraídos por la fama universal de Don Quijote.

indiferentes por su lado sin celebrar su aparición aunque parezcan muy distantes de nuestros menesteres principales, como pasa con la reciente edición de HAMLET, en la biblioteca de grandes obras de la Literatura Universal con estudio preliminar y notas de mi nieta Margarita Labadía Mazuecos, especializada en Filología Inglesa y gran esperanza entre la juventud estudiosa y mía más que de nadie porque desearía verla regentando una gran escuela y que no se malograra la cosecha después de criada la planta.

Es una edición bien presentada, cuidada y manejable dentro de su utilidad para penetrar en estos conocimientos, con observaciones sutiles y minuciosas del medio y del momento que hicieron posible la aparición de la gran obra Shakespeariana. Ahondando en Shakespeare se encontrará con Cervantes y retornará a Alcázar renovándolo con sus conocimientos.

Este libro, difundido en el amplio campo de la enseñanza, tiene una importancia doble para España, lo que supone el intercambio y lo que implica, todavía, de orientación hacia el exterior del profesorado joven que mantendrá la presencia española en los ámbitos universitarios del mundo entero, sentido en el que sin duda habrá de cargarse buena cuenta en los estudios del futuro a la expatriación obligada de tantos profesores que han trabajado lo indecible para mantener la influencia española y la de su idioma y mantenerse ellos mismos con ejemplar esfuerzo.

Hamlet viene a España en esta limpia y económica edición en momentos de gran avidez para su idioma (idioma que representa) a difundir sus dudas, como D. Quijote ha ido por el mundo con su depurado castellano de la mano de los profesores españoles y pocos serán, de los expatriados, los que no hayan dedicado gran atención al estudio y a la difusión de la gran obra cervantina, pues de muchos (y tanto más cuanto mejor preparados) ha sido núcleo central de su labor pedagógica, literaria e histórica.

Como la influencia espiritual no se pierde del todo, debemos esperar que aquella parte del profesorado que pueda continuar su buena formación y seguir recibiendo la influencia ejemplar de las generaciones anteriores, continúen tremolando la enseña de la patria con eficacia y firmeza para bien de España, lo mismo desde fuera que desde dentro de ella.

La duda de Hamlet engendró a su alrededor el impulso ejecutor, el emprendedor, por razón natural de su indecisión ante las ansias del espectador que espera el arranque vengador, como las hazañas de D. Quijote engendran la quietud, la necesidad de imponer el buen juicio, que induce a todo lector a desear la sensatez, o sea que nos hace cuerdos con sus locuras. La historia inglesa y la española, que es el reflejo de la vida de ambos pueblos, justifican sobradamente las encontradas consecuencias de ambas actitudes, y este libro de Doña Margarita Labadía Mazuecos debe llenar un hueco importante en nuestra bibliografía y ser motivo de sucesivas reimpressiones porque lo merece. Y el tiempo nos irá marcando los progresos de la

joven profesora de escuela universitaria, que ya lo era de Instituto y lo será de Universidad donde formará escuela.

“Ser o no ser, dice Hamlet en su soliloquio, esa es la cuestión. Y continúa el monólogo Shakesperiano con el que enaltecemos éstas páginas: “¿Cual es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darles fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza...? Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Si, y ver aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrían ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito, de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podría tolerar opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese por el temor de que existía alguna cosa más allá de la muerte, aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna, nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y reducen a designios vanos. Pero... ¡La hermosa Ofelia! Gracias niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.”

HISTORIA DE ABANILLA, por el Dr. D. José Riquelme Salar. Editorial Villa de Alicante.

He aquí un libro ejemplar que este médico de Alicante dedica a su pueblo: lo escribe, lo costea y lo regala a los estudiantes de Abanilla para que conozcan su historia, como es natural cuando se siente hondo y se desea hacer partícipes de ese sentimiento a los interesados, que no se escatiman sacrificios.

Seguramente es el lector de los libros de Alcazar más disconforme con mi tendencia de ir acumulando materiales para que los venideros escriban la historia alcazareña. El opina que eso es una equivocación y la manera de que no se escriba nunca por corresponderme a mi hacerlo antes de morir. No confía en el porvenir, cosa natural por ser médico y viejo, muy excéptico por lo tanto, que no encuentra nada en que poder creer y duda hasta del bi-

VERSOS VIEJOS de Paco Vighi, precioso y sencillo libro editado por la Caja de Ahorros de Palencia.

Es el libro de un poeta antiguo aunque ya bien puesto en la modernidad, de la primera época ramoniana y de la cripta de Pombo.

Ha salido a la calle arrojando la frialdad al amparo de las mejores mantas, las de su tierra palentina e impulsado por su viuda, Julia Arroyo Alonso, la chica de Don Jerónimo, a quien no arredran los raros gustos de la actualidad con las estrafalarias composiciones que se publican, de estrambóticos contrastes entre palabras y conceptos cuyo significado no se comprende ni se sabe por donde van la inspiración poética y la aspiración literaria.

Aunque sople un aire provinciano en muchas de sus páginas, lo que las agranda en lugar de achicarlas por ser el aliento verdadero del poeta, la mayoría son de capital y alguna, como la de El Traperero, del más clásico madrileñismo que no desdeñarían Antonio Casero, López Silva o el mismo Arniches, si bien ofrezca variantes que se apartan ya de los moldes clásicos de la Corrala, de las cuestas de Buenavista o la Torrecilla y de los granujas jugadores del cané a la luz del farol de la esquina.

Como los antiguos hidalgos, el poeta nos muestra sus blasones, sus altibajos, sus andanzas de diverso orden y tan pronto le vemos cantando por el Norte como por el Sur, aunque se le muera el canario, porque pone un limón en la jaula y seguimos oyendo los trinos más sentidos, la tertulia del León, Altube el notario, paladín y publicista de gastronomía después. Los cuatro caminos y los tranvías 17, uno por Hortaleza y otro por Fuencarral, evocación sentida de los años 10 y 20. La novia Julia con el sentir vibrante de la ilusión primera. Los ríos palentinos, el Paular. El Palo malagueño etc., todo cuanto ve o contacta hace vibrar la sensibilidad del poeta que nos obliga a pensar y sentir con la profundidad y la sublimidad de sus cánticos y nos orea el pensamiento con una incipiente renovación de las formas que nadie se imaginaba que podría llegar a no entenderse y que precisamente por ello fueran el acmé de las generaciones ultra modernas.

SANTOS CONQUENSES por María Luisa Vallejo y Guijarro.—Segunda edición realizada por la autora.

Libro cuidadísimo, de esmerada confección, que alterna los más elementales rasgos de oligofrenia con los de otras mentes esclarecidas que hubiera gustado ver sometidos a examen por Doña María Luisa para bien de nuestra historia regional, donde hubiera lucido la brillantez de su pluma y su conocimiento profundo de los temas conquenses. Alterna, además, en el libro las figuras representativas emparejando cada santo con su santa, sin reparar en aquello de que entre santa y santo pared de cal y canto. Será casualidad

carbonato que es lo que cualquiera encuentra más a mano y con lo que regüelda a gusto y se queda tranquilo.

Abanilla es un pueblecillo murciano, de la zona espartaria de Murcia, que guarda cierta relación con los salitres de nuestra Mancha, tierra pobre, de suelos calizos y aguas subálveas, población escasa y vida miserable, pero de algún fruto espléndido, como el del hijo que ha escrito su crónica, el ilustre médico alicantino Dr. Don José Riquelme Salar, médico, abogado, pedagogo, publicista y hombre de muchas inquietudes.

Este admirable amigo, nació en Abanilla, ejerció allí la medicina y ahora, con la añoranza de la ausencia, ha escrito la historia que ya tenía forjada en su alma de los años que jugó en sus calles y de los que dedicó a la visita médica, como se aprecia en todas sus páginas y se le ve andar por la villa como médico a la antigua usanza, compartiendo con cada vecino las alternativas de su vida, tratando de ayudarle y desentrañar sus problemas, ahondando en sus causas iniciales para cortarlas de raíz y hacer del desierto jardín.

Es muy común este sentimiento y no deja de ser frecuente también sobre todo entre los médicos nativos de la tierra en que ejercen, que en ese deseo, traten de reconstruir la historia del pueblo y quieran inculcársela a sus paisanos para que les sirva de base en las decisiones futuras y conociéndolos, hacen el trabajo, lo costean y se lo regalan para que no encuentren motivo de seguir ignorando sus orígenes. Y eso ha hecho el Dr. Riquelme Salar, buscar, indagar, viajar, invocar y confeccionar este libro primoroso que es una flor de color fino y penetrante aroma en el campo reseco de los espartizales.

No es solo la similitud de la tierra aquella con esta, lo son también los cultivos y los trabajos, unos más extensos allí como los frutales por razón del clima y otros aquí como el viñedo, el azafrán y la barrilla por la misma causa y los cereales de siempre en ambas zonas, sin que escasearan aquí las labores de esparto que antes eran entretenimiento habitual de los campesinos laborioso todo el invierno, nueve meses de cada año.

Las penalidades, las escaseces y los sufrimientos de toda índole por las contiendas políticas a lo largo de la historia son similares en ambas zonas que más bien parecen parcelas de un mismo predio, incluso en las creencias, en las diversiones y en el sentimiento añorante que despierta la ausencia, pues también aquí hubo su Vera Cruz, ya olvidada, porque esa fragilidad es uno de los caracteres distintivos de la memoria alcazareña.

No son estas actuaciones de las que despiertan un gran entusiasmo popular, pero si de las que proporcionan gran satisfacción a quienes las realizan y el Dr. Riquelme Salar puede estar bien orgulloso de haber hecho por su pueblo lo que ningún otro abanillero.

Cumplida la caballerosa advertencia del hidalgo: "Considera, amigo Sancho que nadie puede considerarse mejor que otro mientras que no haga más que otro", porque él lo ha hecho.

pero le ha salido perfecta la relación casamentera.

Hay que destacar que la mayoría de estos santos nacieron en la vertiente manchega de la provincia, la más árida, la más desolada, la menos pintoresca y tal vez por eso la más exaltada y soñadora, la más propicia al retoñar del quijotismo, que es una cosa y otra, revestir de santidad las taras mentales más manifiestas, con lo que todo sale perjudicado. Para el lector corriente, como yo mismo, queda manifiesto en el libro que una cosa es la santidad y otra la memez y si interfieren se engendra la duda de lo que puede ser lo santo y cuales sus valores. La santidad sale mal parada con esa mezcla, todavía más manifiesta con las explicaciones de las abadesas que queriendo ser laudatorias dan a conocer lo que parecía imposible, lo que solo por milagro divino podía esperarse de las menguadas condiciones humanas, como es evidente en varios casos que exceden los límites de lo pueril.

En cambio toca como de pasada algunos puntos de gran interés manchego, tal vez por su escasa afinidad con la santidad que es el tema principal del libro, aunque por los factores humanos que la representan no alcance los niveles de lo sublime ni mucho menos.

De estos otros factores menos afines a la santidad, es preciso hablar concretamente, sin remover lo valetudinario inconsciente que bueno está en su lugar. Me refiero a los doce Obispos y varios humanistas de Villaescusa de Haro, a la Universidad proyectada al tiempo que la de Alcalá y cuya parte construida se conserva.

Estoy seguro que nada puede escapar a la atención celosa de Doña María Luisa, pero el no conocer la totalidad de su obra, sin duda trascendente y única, me hace echar de menos el estudio de estos purpurados, puede que no santos pero desde luego no bobos, venerables y preocupados de las necesidades de su tierra. Pienso en la iglesia gótica y en la filigrana de su capilla monumental y en todo lo demás que se ve en Villaescusa y que aún no viéndose se respira, ennoblecido por el tiempo y por los elevados fines de su iniciación. Me refiero también a la bella estampa de San Juan de Dios y al modo de la creación de su Orden con Antón Martín, que da nombre a la plaza de la calle de Atocha de Madrid, junto al hospital de incurables fundado por ellos. Me refiero a Sor Patrocinio, la monja de las llagas, de tanto relieve en la historia nuestra del siglo XIX y que no todos saben que nació en La Mancha. Me refiero a los misioneros que tan importante labor realizaron en América con infinitos sacrificios, sin excluir el propio de sus vidas que inmolaron y también a las facetas relevantes de los propios valetudinarios, beneficiosas dentro de su limitación, sin olvidar lo que hay bajo tierra en los yacimientos arqueológicos peri-uclesianos y peri-belmontinos entre otros.

Gran satisfacción me proporciona poder hablar a Doña María Luisa tan natural y francamente de aficiones que nos son comunes y felicitarla por la reimpresión de este libro que no se saborea tanto como otros, pero la culpa es de ella por tenernos acostumbrados a lo muy bueno y por haberse dejado llevar de vulgares beaterías que hubiera podido rectificar en esta segunda edición.

Aparte de lo dicho, que es lo debido, me complace sobre manera enaltecer estas páginas con el nombre ilustre de Doña María Luisa Vallejo y Guijarro, una de las mejores plumas de La Mancha actual, investigadora notable, de abundante y selecta producción que podremos comentar, Académica correspondiente de la Real de la Historia, Inspectora técnica de primera enseñanza de Cuenca, maestra integral y, como todas las que lo son de vocación, ejemplar, porque enseñando se hacen a sí mismas.

LORENZO MANUEL VILLALTA, torero
de Socuéllamos, por: Manuel Reales Parra

He aquí un libro especial, tal vez único en la comarca alcazareña, editado con lujo y generosidad por el propio autor, de lectura muy descargada y abundantes fotografías, que es el arte en que descuella Manuel Reales y de una ejemplaridad sumamente aleccionadora por el arrojo y la decisión firmes del torero para arrostrar toda suerte de dificultades hasta hacerse matador de toros, sin preparación, sin medios y sin el ambiente adecuado que ofrecen otras regiones españolas.

Huérfano de padre y repartiendo con un carrillo atartanado el pan que cocían en su horno, abandonó la casa para ser torero y volvió siendo matador de alternativa. Reales nos hace gracia de las calamidades intermedias pero basta con marcar esos dos extremos para comprenderlas. Lorenzo Villalta no tuvo ninguna actuación en las calamitosas capeas que no se jugara la vida e hizo el aprendizaje en riesgo continuo por aquello que decía el Espartero, que más cornadas da el hambre.

Tuvo el torero en esta comarca su actuación más abundante y lúcida, aunque también lo hiciera en Madrid, Sevilla, Ciudad Real, Albacete y otras capitales con ruidosos éxitos y abundantes trofeos, pero en Alcázar de San Juan tomó la alternativa de manos de Paco Camino y siendo testigo Ruiz Miguel, cuyo cartel ilustra la portada posterior de este hermoso libro, aunque después la revalidara en Madrid de manos de Antonio José Galán teniendo como testigo a José Mari Manzanares y siempre con éxitos clamorosos y salidas por la puerta grande. Al cortar la primera oreja en Madrid tuvo el rasgo emocionante de dirigirla al cielo y ofrecerla a la memoria de su padre en cumplimiento de la promesa que hizo al salir de su casa.

Todo el libro está salpicado de detalles alcazareños. Avelino Nieto, antiguo becerrista en Alcázar, lo llevó a Pedro Muñoz, donde tantos triunfos alcanzó nuestro Laurentino Carrascosa y seguido de Pitos como Villalta de Reales en Tomelloso, Villarta y La Solana sienta cátedra de gran torero, como en Belmonte y las Pedroñeras.

Los detalles que Reales nos ofrece del torero socuellamerense son ejemplares y aleccionadores para los que creen que los triunfos los da la fortuna y no el esfuerzo y la perseverancia a prueba de amarguras y calamida-

des. Reales ha ilustrado el libro con el mismo espíritu sin regatearle trabajo y gusto artístico que es también gasto efectivo e irrecuperable, pero que sobresaldrá siempre en la bibliografía manchega como testimonio de abnegación, sacrificio y total entrega al ideal de enaltecer el pueblo de uno y sus valores efectivos que es lo que no falla nunca para triunfar.

Socuéllamos nos tiene acostumbrados a demostraciones de amor local muy plausibles con publicaciones importantes a cada momento, históricas o de actualidad, pedagógicas o industriales, de presentación brillante como la del libro que nos ocupa y de información apropiada a la índole de cada publicación, en alguna de las cuales recuerdo haber visto con pena, cómo los Ayuntamientos cambian sin ton ni son los nombres genuinos y expresivos de las calles por otros vulgares y sin ninguna significación local, en el caso de Socuéllamos las del Albaricoque-Ancha-Casqueral-Horno-Hospital-Huertas-Luna-Manga-Norte-Nueva-Paradores-Pardilla-Tejera, etc.

Felicitémonos sin embargo de que los elementos representativos de nuestros pueblos puedan seguir dando señales de elevación y de firmeza a lo Lorenzo Villalta que es el camino y la base de todo progreso.

DE LA MANO DE DON QUIJOTE —Por Robert Groft-Cooke—, publicado en inglés con el título **THROUGH SPAIN WITH DON QUIXOTE**.

Por mediación del ilustre Párroco de la parroquia de San Pedro Apóstol de Daimiel, Don Francisco M. Alberca y por su gran interés por las cosas manchegas, nos llegó hace algún tiempo este curioso e interesante libro, cuyo autor encontró a Don Francisco rigiendo la parroquia de Argamasilla de Alba.

Siempre son los ingleses los que más provecho sacan de los viajes y los que más recuerdos nos devuelven y mister Groft-Cooke contándonos lo que vió desde Tánger hasta Argamasilla de Alba, ha conseguido un libro de elegante porte y tan ajustado a la realidad que no parece escrito por un británico, aún tratándose de un británico muy paseado por las Pampas, por los valles del Atlas y por las vegas del Guadalquivir.

Con gran interés y competencia informa de su acercamiento al Quijote, poco a poco y a través de los comentaristas más competentes, hablándonos incluso de las interpretaciones que les dan a los personajes. Nos habla de Starkie, conocido cervantista y de su encuentro con un músico mayor que tenía la opinión de que Don Quijote era un gallego nacido en Alcázar de San Juan, siéndolo Sancho en el Campo de Criptana. Nos dice que Don Quijote ha estado siempre con él, particularmente en la enfermedad y en el sufrimiento, considerándose amigo del caballero y del escudero y agradecido a sus

consejos, que viniendo de Don Quijote son siempre idealísticos y comprensivos en todos los temas salvo en el de la caballería andante y que proviniedo de Sancho son sabrosos y prácticos. Llevado de esa amistad se lanza Robert a recorrer la ruta de Don Quijote y lo hace con el ideal más realista de las tierras por donde pasa hasta llegar a Argamasilla de Alba, sobre todo de la Isla, los Puertos y la campiña jerezana.

Aún no deteniéndose en ciertos puntos principales del trayecto como le pasa con Sevilla, de la que se le ve tan enamorado que no le place visitarla a la ligera, aludiendo a sus monumentos, como lo hace también de Córdoba con sentida admiración. Y por fin llega a Argamasilla de Alba, llamado el pueblo de Don Quijote, quedando sorprendido del molino decorativo que hay a su entrada y cerca del cual durmió, pues hay que aclarar que Robert, aunque hizo el viaje en coche, dormía al aire libre en una colchoneta que llevaba y cerca de la cual cocinaba a su gusto y bebía a su satisfacción, salvo en Villarrobledo donde le dijo el jefe de la policía municipal que aquel era un pueblo muy importante, con buenos hoteles y no se podía consentir que nadie durmiera como los gitanos.

Este buen hombre, agudo observador y comentarista sagaz, hace un relato de cuanto aprecia en la España que encuentra por los años novecientos sesenta, pero evocando lo de la época cervantina, sus tierras y sus gentes, que no es tanta la diferencia y más nos valdría que no fuera ninguna. Va de la mano de Don Quijote, como hermano menor del que se tira para que ande deprisa y no se caiga, pero siguiendo los pasos del caballero y publicó en su país este interesante libro con el título supradicho, tan compenetrado con el espíritu de la obra y con el fino humor de las escenas transcendentales que no hay pasaje en el que no nos haga sentir soterrada la realidad revestida de los idealismos con regocijada sorna cazurra.

Es importante señalar su perplejidad las numerosas veces que se toman los personajes de la novela como de carne y hueso, porque de eso ha pasado y sigue pasando aquí mucho y no solo entre los pardillos sino entre los personajes más calificados y aún entre los cervantistas más competentes que mueven una trifulca por si Rocinante pudo andar o no pudo andar tanto o cuanto o por la hora a que debió llegar al Toboso o donde y en que venta tuvo que velar sus armas necesariamente el caballero andante. No cabe mayor grado de bizantinismo, pero él también se enzarza en la discusión y nos lleva a nueva venta que para qué nombrarla en busca de nuevas y delirantes suposiciones, donde, con toda seguridad, debió velar las armas el caballero andante y dialogar con Maritornes, que sin falta estaba allí como en toda venta.

Parece inevitable esta actitud, como si del libro emanaran efluvios de delirio, porque no hay lector que en cualquier escena no se ponga a hacer cábalas sobre lo que pudo pasar o no pasar y lo que debió haber pasado, siendo de verdadera locura el cúmulo enorme de interpretaciones e insinuaciones y estudios minuciosos publicados en todas las partes del mundo e imposibles de conocer porque el pretenderlo sería para perder la razón.

CABLE PARA EL OTRO MUNDO

A Eduardo el de la Imprenta, que sigue arriba, le digo desde abajo para no subir la escalera:

¿Te acuerdas, hijo mío, de Antonio el de la tortas, que a lo mejor lo tienes ahí orilla, el menor del Sr. Bernardo el cardaor, que estuvo con Canana mucho tiempo y por eso le decían el de las tortas, porque las llevaba todos los días a la estación en dos cestas grandes, una en cada sangría?

Cualquier día irá Antonio a por las etiquetas de Canana y le tendrás a tu lado pensativo, porque era muy juicioso y te dirá que es una lástima que no estén todavía, que las necesitaban mucho y como Canana se solía enfadar, Antonio diría que se fuera con él el chico para explicárselo mejor y si se enfadaba que no fuera con él porque le regañaba luego.

Desde que gozais del descanso eterno (y Dios quiera que sea en la gloria para que la disfruteis como nosotros que estamos a qué quieres boca) se nota que en la Imprenta falta el chico de los recados, ese chico que barre la Imprenta y va dando zolocotrones de un sitio para otro y lo espabilan las picardías de los demás. Los que había antes ya se han DESCAGALADO y no hay quien vaya a por una caja de pitos o un librete de papel. Todo se vuelve encogerse y meterse hacia dentro, pero eso hace falta y aquí está este cura dispuesto a ocupar la plaza, pesaroso de que hayan crecido tanto sus antecesores. El chico hace falta en la Imprenta y en todas partes del mundo y al chico le hace falta serlo para enseñarse mientras se hace grande. Aquí falta el chico y el maestro que en ocasiones hace sus veces para servir a todos. Ese chico que no tiene nunca necesidad de justificar las decisiones, más que darle los recados para que el parroquiano no se sofoque y que puede oír con calma las quejas más furiosas diciéndole a cualquiera cuando se serena:

— ¡Ay!, mire usted, yo no se nada más que lo que me han dicho, que las tarjetas de la boda no estarán hasta el día 15, porque tienen que venir y hacerlas.

— Pero ¿cómo, si me caso el día 17 y ya está ajustada la comida para las dos y la música para las tres y media?. Eso no puede ser, hay que tener formalidad.

—Si, señor si esto es formal y aunque estamos a 13, en cuanto las traigan se deja todo para hacerlas y que las tenga el 15.

—Pero es que me dijeron que el 10.

—Si, pero se han presentado prisas de la Pascua y misas de difuntos.

—Aquí no hay más prisas que las mías, ¿lo sabes?. Y sino que lo hubieran dicho porque a los muertos les da lo mismo un día que otro y ni se enteran.

—¿Qué dice usted?, si se han aparecido tres o cuatro seguidos pidiendo misas. ¿Es que no lo ha oído?. Eso no se puede dejar, tiene que ser en el día porque están penando. Y en el Cristo estaban diciendo de otro esta mañana.

—Bueno pues a mí me dejas de muertos porque lo primero es antes y le dices al maestro que voy a ir yo a hablar con el recadista y veremos si se hacen las tarjetas o no se hacen.

Y el chico se va jugando y cantandillo como si no le hubieran dicho nada, el hombre se sosiega y la minerva sigue sonando acompasadamente, como el reloj de la plaza al dar los cuartos y las medias, demostrándose con el hecho el papel transcendente que puede tener el chico de los recados en muchas ocasiones, precisamente por no saber nada más que lo que pesca al vuelo.

Y este año que tú faltas se ha puesto bien de manifiesto, porque el pasado nos entraron tantas prisas con el programa de la Pascua de Jesús que empezamos el de este año antes de repartir el otro y quedó pendiente de que se juntara la hermandad para acordar el retrato que se debía poner, sin que en todo el año haya habido tiempo de acordarlo. Y todo por no haber chico que hubiera ido al mayordomo y le hubiera hablado diciendo:

—Ha dicho el maestro que no conviene hacer los programas de Jesús de un año para otro porque en tanto tiempo pueden cambiar mucho las cosas y aunque hay la seguridad que la Imprenta no la cambiará ni Dios, es mejor hacerlo la semana antes, como los programas de los Ayuntamientos, para repartirlos después de los festejos como complemento melancólico de la diversión ya pasada y la gente lo lee tranquila, sin alteraciones ni tener que preocuparse por si las carreras de sacos son a las cinco o si los titeres dan función de noche o si le harán la competencia a las vistas por las tardes. Es mejor enterarse después de lo que se dijo que iba a venir y luego no vino, porque nos quitamos de hacer preparativos y sufrir desilusiones. Que ricos estais vosotros viendo las cosas pasar desde la altura, pero hacer lo posible por mandarnos un chico enseñado que nos de con tiempo los recados de lo que nos debemos tragar y que por lo menos estemos avisados.

NUEVO DESPACHO PARA EL OTRO MUNDO

Entre los amigos que a diario diezman las filas de los supervivientes, hay que lamentar la desaparición de Julio Maroto Escudero, padre de Don Julio, José Granados Cerro, el yerno de Cañizares, más conocido últimamente por el de la librería y Antonio Fernández, el de Juanete, padre de Don Arturo.

Granados, Maroto y el Baratero, hermano de Milagros, eran tres archivos vivientes y además, equilibrados y gustosos a los que no era raro tener que preguntar algún detalle para confirmar su exactitud.

Después de desaparecidos les seguiremos invocando, como dicen los espiritistas, en busca de su inspiración, que no ha de fallar, con la seguridad propia de los hombres hechos a macha martillo que se mantienen firmes hasta en la eternidad. Hay que acostumbrarse a hablar con los muertos y acomodarse lo mejor posible entre ellos para una tertulia larga, como le pasó a Bernardo el carpintero cuando ya estaba en las últimas y se presentó en el campo santo en un día infernal, que le dijo Engalgaliebres.

— Pero ¿dónde vas, Bernardo, con este día?

— Aquí, Silvestre, a ver donde me acomodo.

Pues todo lo contrario, que se den cuenta que esto no es una despedida, sino una advertencia para que sepan, como lo saben, que no los vamos a olvidar y que les seguiremos preguntando, para que no se descuiden ni pierdan de vista el enchufe de la luz, pues el timbre sonará y no conviene que nos obliguen a ir a buscarlos.

LA CASA DE CRISTOBAL

He hablado muchas veces de Cristóbal Cenjor y al mismo tiempo de su casa primitiva, la de enfrente de la mía, un corralón frente a otro.

La última vez y precisamente por el estado de la casa, pero unos días antes de que aquel escrito llegara a los lectores, ya la estaban tirando con tanto dolor mío que la miraba todos los amaneceres y rememoraba los trajines de su dueño. Sin vanidades puedo decir que solo yo conocía en el pueblo la historia de la finca y su evolución. En varias ocasiones pude comprarla por poco dinero pero no lo tenía y no me parecía bien atramparme para tener que estar pendiente del dinero y no de mi trabajo, pero nunca dejé de mirarla con cariño y de condolerme a solas de los desconchones que se le hacían cada día, recordando siempre a su primitivo dueño, sus trajines, sus fatigas, su temperamento. Allí se acabó la tonelería y aunque haga tantos años que no la habita, Cristóbal no la habría olvidado ni hubiera dejado de sentir su desaparición, como la siento yo, aún no habiendo tenido con ella más relación que la de vecindad, porque las fatigas que se pasan y las desgracias que se sufren quedan unidas al lugar en que se padecen y no suelen olvidarse, ni las unas ni las otras. Lo se porque mi casa fue siempre favorecida por las defunciones precoces y los cambios de vivienda no aminoraron el sentimiento filial de lo que se había sufrido en cada caso y lugar.

El maquinismo ha dado en tierra con la finca en un santi amén. Lo que se fue haciendo poco a poco, en etapas, por diferentes dueños y con fines variados, ha caído de sopetón como removido por un terremoto, formando nubes de polvo que se llevaban todos los recuerdos al aventar las paredes que sirvieron de cobijo a cuantos se ampararon en ellas.



UNA HUERTA DEL MAMELLO.—La de Melenas, nombre elocuente porque le llegaba la calva hasta la nuca y no se quitaba el sombrero ni para dormir.

VECINOS DEL ARENAL.—Por como están ellos, el rodapie y piso de rutilantes se debieron retratar un día de San Sebastián de buen tiempo casual.

Se trata de Dionisio Beamud, el Jarete, hijo de Venancio; de Pedro Arias, el Dano y de Vicente Logroño, los tres vecinos de más relieve en su tiempo postrero ya caducado.



Los que aquí se banquetean son (nadie lo dudará) Vicente Castellanos (Tomiza), Román Alberca Lorente, Arturo Castellanos y Pepe Frasco.

Arturo le machaconea a Román, según costumbre, con lo de la leche, el suero y los requesones con azúcar, tan alcazareños y tan propios de la humanidad entera.



Por sus frutos los conoceréis

Dijo el Señor y dijo bien.

Y Don Enrique Manzaneque, el Secretario non del Ayuntamiento alcazareño, para que se conociera por su obras a los Alcaldes habidos en la Villa, en lugar de criticarlos o alabarlos, hizo caso omiso de sus menudencias y puso sus obras recordables debajo de sus nombres y de la fecha de su Alcaldía, desde el año 1843 que lo inició.

Don Enrique no era hombre de musarañas. No podía serlo, pues su hermano Don Manuel, el médico de mayor prestigio de la localidad y después de cuarenta años de ejercicio, se hacía remendar las botas con palas y medias suelas y visitaba con ellas tan campante.

En 1843, era Alcalde Don Francisco Martínez Dumas, médico de fama del que hay amplia información en estos libros y al que Don Enrique señala como obra perdurable el haber puesto los árboles del paseo de las monjas.

Año 1848.—Siendo Alcalde Don Raimundo Alvarez de Lara, propietario y militar retirado, se construyeron las aceras de la calle de la Virgen y la de la derecha de la calle del Santo.

Año 1854.—Alcalde Don Francisco Fernández-Checa, el cuñado de Andújar, abogado notable y propietario, construyó la carretera desde la calle de las Huertas hasta la puerta de entrada a la estación y los paseos laterales, poniendo los árboles.

Año 1860.—Alcalde Don José Antonio Guerrero, propietario. Se crearon los serenos, nombrándose cuatro, dividiendo la población en igual número de distritos. Se instaló el alumbrado público, que no existía, colocándose 70 faroles en las calles más céntricas, alimentándose con aceite de oliva. Se hizo la rotulación de todas las calles y numeración de los edificios, poniendo azulejos, mejora que tampoco se conocía.

Año 1864.—Alcalde Nicolás Bernardo Cenjor, propietario y procurador. Se pusieron los dos balcones de la fachada del saliente (donde estuvo el Juzgado).

Se arregló el salón de sesiones construyendo el estrado donde se sientan los concejales y se trajo nuevo mobiliario, por no servir el que había antes.

Año 1867.—Alcalde Don Inocente Alvarez de Lara, propietario. Se construyó la calzada desde la calle de la Virgen al paso a nivel de Valcargao, reparándose también otros caminos y se empedraron las calles de San Juan,

San José, Santa María y la acera de la derecha del Altozano mirando a San Francisco.

Años de 1869 y 70.—Alcalde Don Andrés Mazuecos, propietario y fabricante de jabón. Se construyeron las glorietas de Santa María y Santa Quiteria, poniendo árboles y se aumentaron algunas farolas del alumbrado público, sustituyendo el aceite de oliva con que se alimentaban por el petróleo. Se construyó el cementerio católico inaugurándose entonces con el carácter de civil.

Año 1873.—Siendo Alcalde Don Gumersindo Alberca, propietario, se construyó el arco de la plaza de la Fuente, a la entrada de la carretera de Herencia.

Años de 1879 al 81.—Alcalde Don Joaquín Alvarez Navarro, abogado y propietario. Se reorganizó la Hacienda Municipal, que se hallaba en una situación sumamente lamentable, adeudándose al Estado y a la Diputación Provincial cantidades de mucha importancia y otras deudas por varios conceptos, que fueron todas satisfechas, quedando por lo tanto solvente el Ayuntamiento con toda clase de deudores. Hizo la gran obra D. Joaquín y gracias a su mucho prestigio y al constante trabajo que se impuso, pudo conseguir el estado de desahogo en que dejó el Ayuntamiento al salir de la Alcaldía.

Años de 1881 al 83.—Alcaldía de D. Juan Castellanos y Arias, abogado y propietario. Se instalaron en la Casa-Hospital las Hermanitas de los pobres, creando la CASA-ASILO DE ANCIANOS DESAMPARADOS, de cuyo establecimiento están encargadas.

Años de 1883 al 90.—Alcaldía de Don Antonio Castillo Ayala, propietario y procurador, haciendo las mejoras siguientes: Reparación de la Casa-Asilo haciéndose obras de bastante importancia que reclamaban los servicios del establecimiento.

Aumento de 60 faroles del alumbrado público a los 150 que había, mejorándolos notablemente con el empleo de la gasolina en vez del petróleo como antes se alimentaban.

Reparación del capitel de la torre del reloj, por estar destechado en su mayor parte.

Adquisición de un reloj para dicha torre, con repetición de la hora, que es el que hoy existe.

Construcción de las aceras de las calles de San Francisco, Castelar, Resa y otras, con la piedra sillar adquirida del patio de San Francisco.

Construcción del paseo del Cementerio; poniendo árboles, por ser aquel necesario para la conducción de los cadáveres ya que no había más camino que la carretera.

Construcción de una gran escalera en las casas consistoriales, por ser muy oscura e incómoda la que antes había a causa de tener la entrada el Ayuntamiento por la puerta del norte y haber una muralla donde están las columnas que ocupaba todo el vestíbulo y subía hasta sostener el tejado.

Cerramiento de los portales del mismo edificio poniendo rejas y ventanas y destinándolos a oficinas municipales.

Construcción de unas nuevas puertas de calle que se pusieron en la nueva entrada al edificio o sea en la fachada del mediodía.

Construcción de una nueva escalera para subir a la torre del reloj.

Poner el balcón del centro de la fachada del mediodía en sustitución del otro muy largo y viejo que no ofrecía seguridad.

Reponer el mobiliario en todas las dependencias porque el que había estaba muy deteriorado.

Construcción de un matadero público en un sitio espacioso adquirido, que es el que se ha conocido.

Construcción de un cementerio civil de cuyo establecimiento se carecía.

Construcción de una escalera nueva en la cárcel en sustitución de la otra muy incómoda y la reparación y arreglo de algunas de sus dependencias.

Construcción de dos kilómetros de carretera en el sitio de Navablanca y otros tres en la cañada de María Hernández.

Arreglo de empiedro y arrecife en varias calles y caminos.

Años de 1894 y 95.—Alcalde Don Alvaro González Mena, propietario, con las mejoras siguientes: Expropiación de seis casas en la calle de Castelar al finalizar la acera de los números impares para el ensanche de dicha calle, porque el trayecto que ocupaban dichas casas era sumamente estrecho, haciéndose enseguida el derribo.

Creación de la Banda Municipal de Música, de cuyo elemento se carecía desde bastantes años.

Expropiación y derribo de dos casas, una en la calle de la estación y otra en la travesía de San Francisco para el ensanche y alineación de ellas cuyas calles estaban casi cerradas con las dos casas expropiadas.

Adquisición de los derechos que Don Rodrigo García Alejo tenía a las aguas de la fuente pública, las que cobraba a los vecinos, cuyas aguas, adquiridas que fueron por el Ayuntamiento, se dieron gratis al público.

Formación del amillaramiento de fincas rústicas de todo el término municipal deslindándolas, valuándolas y demás requisitos que previene la ley y formación también del registro fiscal de edificios y solares, servicios ambos de la mayor importancia de los que se carecía.

Y por último se arreglaron bastantes calles y caminos y se instruyó el expediente de subasta para dotar a la población del alumbrado eléctrico.

Años de 1896 y 97.—Alcalde Don Vicente Jaén Jiménez, abogado y propietario, señalándole las siguientes mejoras:

Poner un balcón en la parte poniente de las casas consistoriales.

Construir una calzada desde la salida de la calle de Madrid al paso a nivel de Quero.

Construir un pozo para dar agua a las caballerías cerca del cementerio, a la salida de la carretera de Tomelloso.

Expropiar una casa para el ensanche de la calle de las Huertas.

Subastar el servicio de luz eléctrica cuyo alumbrado se inauguró el 29 de Agosto de 1897.

No le dió más de sí la vida a Don Enrique, pero de lo que podía haber-nos dicho de después hay tantos detalles en esta obra que nadie tendrá dificultades para reconstruirlo, salvo el infortunado bache de la guerra que hasta ahora se ha considerado intangible. Pero don Enrique que no dejó la pluma sin darnos idea de como fue la vida alcazareña durante su vida y los tiempos próximos a ella y dice que Alcázar sufrió los trastornos y desdichas que los demás pueblos españoles en el turbulento siglo en que nació, especialmente en su primera mitad cuyas vicisitudes figuran ya en la historia, como la desoladora guerra de la independencia del 1808 al 14, la lucha encarnizada de los partidos políticos que ocasionó los períodos de reacción de 1814 al 20, de libertad del 20 al 23, del terror reaccionario del 23 al 33, y de la guerra civil del 33 al 40, todo ello unido a la invasión del cólera el 1834 y del hambre en el 37 que dejaron a la nación en el más deplorable y calamitoso estado. De los detalles escalofriantes de aquella vida horrible hemos hablado otras veces y de como la gente se iba a los cementerios a morir de necesidad.

La intranquilidad de la población y la inseguridad de los caminos tuvieron mucho tiempo abandonado el campo y sin producción, hasta que la paz de Vergara dió por terminada la guerra civil y el rigor militar acabó con el bandidaje y se empezaron a reanudar los trabajos, momento venturoso para Alcázar en el que la estación y el viñedo iniciaron el cambio de la vida alcazareña, pues solo de sueldos de los empleados, calcula Don Enrique con asombro, que entrarían lo menos seiscientas mil pesetas mensuales, cifra que ahora hará sonreír a los que se han acostumbrado a manejar monedas sin valor y barajar cifras irreales.

Desde entonces hasta hace poco, la vida alcazareña ha mejorado continuamente, pero como ni el bien ni el mal son eternos, no es ninguna locura pensar que podemos cambiar cuando menos lo pensemos.

Por lo que llevamos publicado se saben muchas cosas de aquellos Alcaldes y de la vida de su época que permite casi identificarlos, pero de lo hecho por ellos no queda nada y a ellos mismos nadie los recuerda. Así son las glorias humanas.

Las quinterías que fueron

Sin poder evitarlo, cada vez que veo una quintería abandonada me trae el recuerdo de las carroñas: sin puertas, sin ventanas y desportillados los quicios, parecen calaveras de osarios, son como la imagen de la muerte.

El día que fuí al cerro Mesao, con tantas casas, tan grandes, tan hermosas, tan espléndidas y tan abandonadas y ruinosas, se me acentuó éste recuerdo comparativo, por su silencio de muerte y por su aspecto desolador y repelente. ¿Qué más necesitarán los hombres para saber que todo lo que deja de servir se pierde con una rapidez increíble, en cosa de cuatro días?

Proliferan las hierbas silvestres que se encargan de completar la acción transformadora del tiempo revistiéndola de frondoso manto verde, símbolo de la nueva vida. Tal vez algún gato extraviado de los que al contrario de los perros que siguen siempre al hombre en su alejamiento, se pagan más al lugar que a sus moradores, algún lagarto de los que se ocultan en los escombros de los hundimientos y acaso algún nido residuario de ratones bajo el piso de los antiguos graneros, forman con los arañones y telarañas cazadores de moscas, la nueva fauna y la flora que dan fin de la obra del hombre que después de tenerla hecha la abandonó.

Hace muchos años que me solía amanecer en la quintería de la Muela al pie de la vía, única, de Madrid, en el lado derecho, al iniciarse el repecho del monte de Quero, un buen paseo más allá de Piédrola, bastante antes de hacerse la estación de este nombre.

Tengo en mí, muy clara, la impresión de hermosura y despertar soleado de aquellos campos y el bullir de los casilleros, la jugosidad de la tierra esponjosa de monte que se abría como el pan, la frondosidad del plantío favorecida por el relente mañanero y la frescura de los desmontes atravesados por la vía al amparo del sol naciente.

Era una quintería grande, de dos labores, la de la Renga y la de Rufao, la de este dividida por entonces entre sus dos hijos. Nunca dejé de mirarla al ir y volver a Madrid en el tren y he seguido su lento desmoronamiento día a día y todavía los cimientos me sirven para saber la distancia a que estamos del lugar.

Que bien recuerdo la alegría de mi padre, que no fue cazador, cuando cogía alguna perdíz muerta por el gavián. Y lo bien que me sabían las bellotas de aquellas carrascas que me apetecía recorrer en cuanto me tiraba de la Nana, la borriquilla torda de mi padre y me desentumecía de la quietud del largo camino.

Tambores y banderas

I

Cuando el pueblo estaba más silencioso se oía de cuando en cuando el redoblar de un tambor gordo, como el grande de Vicente el pregonero, que resonaba en toda la villa anunciando la próxima festividad de algún santo tradicional, de la cual era anuncio y se conocía con el nombre de "la reseña", ocho días antes de la fiesta. El tambor tuvo tanta importancia que sirvió para distinguir al que lo tocaba: "El Jaro el Tambor" le decía todo el mundo, pero se llamaba Manuel García, como el célebre torero "El Espartero" al que mató el toro "Perdigón" de la ganadería de "Mihura" y motivó uno de los más grandes duelos nacionales. El nuestro se llamaba Manuel García Pozo y el valeroso torero Manuel García Cuesta, Pozo y Cuesta que se les resistían a cuantos los nombraban y se atenían a los motes que eran mucho más claros y seguros.

II

De todas las fiestas tradicionales en que era de rigor el uso del tambor y las banderas, es con mucho la Candelaria la de mayor esplendor, tanto por su significación de presentación del Señor en el templo a los cuarenta días de su nacimiento, como por ser la primera de cada año, el 2 de Febrero, la Purificación de la Virgen al cumplir su cuarentena, que es el fundamento de la tradición que tuvo gran arraigo en Alcázar, de que la mujer parida guardase su cuarentena, al cabo de la cual salía por primera vez a la calle yendo derecha a la Iglesia a purificarse y oír misa. El cura la esperaba en la puerta de la Iglesia, le ponía en la mano una vela encendida, le echaba la estola sobre los hombros y la entraba al templo dejándola libre de todo pecado como la Virgen misma.

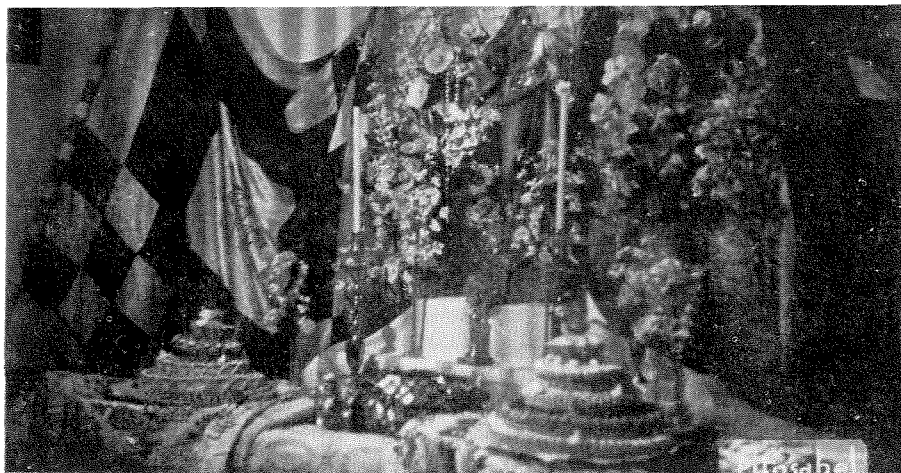
Se perdió aquello, desgraciadamente, pero no el rango y la festividad del día que perdura con un remedo de banderas y un tambor de juguete, falto de sonoridad y marcialidad. Fueron abanderados de fama Mariano Rana y Bartolo el Chingao, porque hacía falta fuerza en el brazo y habilidad, como decía Don Gonzalo del juego de pelota vasca, para echar aquellas banderas tan grandes y de telas tan pesadas, con una sola mano y tan amplio juego.

III

El tambor y las banderas salían en la reseña, en la función y en la octava a los ocho días.

En la octava de la Virgen del Rosario era cuando tomaban a su cargo los oficios para todo el año, los nuevos capitanes, quedando los salientes como mayordomos y encargados de llevar la leña para la hoguera.

Había un tercer grupo de ofrecientes, llamados sargentos, porque todo tenía nomenclatura castrense alrededor de la Virgen, por haber sido Ca-



pitana de la milicia manchega, creada y residente en Alcázar, los cuales pagaban un duro y asistían a los cultos con una vela encendida, sobre todo el día de la Candelaria que de esas candelas o velas encendidas tomaba nombre.

Entre todos formaban la soldadesca de la Virgen y eran visitados por los abanderados y tambor para llevarlos solemnemente a la función y luego a la Procesión y a la rifa.

Aunque la Candelaria y la Virgen del Rosario eran las principales, había otras festividades en que salían el tambor y las banderas, pero la Candelaria, además, era celebrada como una boda en las casas que se quedaban con los oficios, con grandes convites de familiares y amigos y concretamente el día de la Candelaria iban a la casa un sacerdote y el sacristán con paños de hombros, portando el estandarte de la Virgen, recogiendo en la casa a los poderhabientes, las tortadas y las tórtolas o palomos blancos que llevaban en bandejas cubiertas con mantones de manila como ofrenda al Señor en el acto de su presentación en el templo en medio de las Candelas o velas encendidas con que cada feligrés iba a la función y mantenía ardiendo mientras duraba.

Le quitaban el niño a la Virgen y le hacían las ofrendas en su presencia.

IV

Cuentan las Saminonas, ponderando el entusiasmo y el rumbo de los capitanes, que en algunas casas como la de Pelos de Oro, tenían las rosquillas por seras y se salían hasta por las ventanas.

Se recuerda como sonadas las capitanías de "Potrilla", Julián Mazuecos y la María Ignacia la Lizcana, Faquillo Vela y la Candelas, hermana de Casimiro; Bartolo Castellanos y la Antoñica del Cadáver; Leoncio Castellanos y la Tomasilla, otro Cadáver; Leoncio Castellanos (Bedejas) y la Isabel María; Antonio Moreno (el Manchao) y la Gabriela Muñoz; Macario el Piti y la Eugenia Peñuela; Jesús Cortés (Pelos) y la Paula del Galgo; Leoncio Carreras y la Rosario Vela y otros muchos a lo largo de los años.

Al hacerse cargo de los oficios se tomaban la Bandera y la Gineta como signos de jurisdicción y de mando que se utilizaban en todos los actos representativos. La Gineta era un arco de mimbre que se exhibía



cruzando el cuerpo a manera de banderola, cuyas puntas, juntas sobre la cadera opuesta al hombre en que se colgaba, que era el derecho, iban protegidas por unas fundas metálicas a modo de conteras de bastón y sujetas con lazos de seda de dos o tres colores.

Recuerdo las patrullas recorriendo las calles y parados en las puertas de los que iban a recoger. El de la bandera al frente, el Jaro tocando el tambor un poco a distancia para dejarle campo a la bandera y los de la junta rodeándole tan majos y poseídos de su misión, puestos de capa larga y sombrero amplio como era usual. ¿Dónde andaran las capas?

V

Gracias al interés y amabilidad de las Saminonas, de la Mercedes del Manchao y otras vecinas de Santa María cuyo celo es proverbial para velar por las costumbres tradicionales de la Villa, podemos ilustrar este trabajo con unas fotografías que, resistiendo las alternativas del tiempo, demostrarán siempre lo que fue.

La primera acredita el rango concedido en las casas donde tenían el cargo de la fiesta con el suntuoso altar que era visitado por el vecindario en general.

Sobre una gran mesa cubierta de amplia mantelería, se ponía la



Virgen encima de un pedestal, con abundancia de flores, ramaje y candelabros. A los lados las banderas en número de cuatro. En la parte anterior de la mesa presidida por la Virgen, tres mantones de manila, uno en cada extremo para las tortadas y otro en el centro para el cesto de los palomos, tal como habían de ser llevados al día siguiente a la iglesia después de admirados por la vecindad, momentos que recoge la segunda fotografía en que los portadores aparecen revestidos con paños de hombros y llevando el sabroso presente, aunque en este caso, antes de entrar en la iglesia, se retrataron en el rincón de atrás que como se ve es el de las Canijas.

Figuran en esta fotografía la familia de Bernardo el Sacristán que el año 1953 compartía con la del Chato Carreras la responsabilidad de los actos de la Candelaria y aquí están, de arriba abajo y de izquierda a derecha, detrás de la bandera Luisa Manzanares, mujer de Luis Delgado que lleva la bandera. A continuación Luisa Vicenta Delgado Sánchez-Mateos, Trinidad Buitrago, mujer de Matías Baño el tío y Encarnita su ahijada. Julio Pérez el de Pedro Castillo, Pepita Baño Sánchez-Mateos, Félix Muñoz Antequera y su esposa Carmen Sánchez-Villacañas Bonardell, Leonardo Delgado Ramos, Rosario Sánchez-Mateos Rebato (Saminona), Miguel López García Cuerva con los palomos del presente, Cristina Soriano Sonera, Gabriela Bonardell Sánchez-Mateos, Carmen Castellanos Mínguez y María Meco Lara. Mariana Sánchez-Mateos Rebato, otra Saminona, Clemente Bonardell y Alvarez de Lara, Elisa Lenzano, Clemente Sánchez-Villacañas Rubio, Angel Delgado Sánchez-Mateos con la otra tortada, Marianita de Pepe Casero, Asunción Bonardell Alvarez de Lara, Rosario López Sánchez-Mateos, Olvido Casero Bonardell, Lorenzo el Sacristán y Pepe Castillo el chico que se hizo cura en Palacio.

En la fila inferior, Moisés López Sánchez-Mateos, Matías Baño el Sacerdote con tres sobrinillos en brazos y con la bandera Antonio Sánchez-Mateos.

En la tercera fotografía, con menos concurrencia pero hecha en el mismo sitio, se distinguen mejor las personas y son mucho más visibles los atuendos de los portadores del presente. Está hecha varios años después que la primera.

Figuran aquí Luis Delgado con la primera bandera, su mujer Luisa Manzanares. Con la tortada primera, Vicente Delgado, Trini Buitrago, Matías el Cura y delante Moisés López con los palomos. Gabriela Bonardell Sánchez-Mateos, Angel Delgado y María Jesús Sánchez-Mateos Rebato, Clemente Sánchez-Villacañas Rubio y Mariana Sánchez-Mateos Rebato y Antonio López Sánchez-Mateos con la otra bandera. El chiquete de la izquierda es Miguel Angel Delgado Soriano.

La cuarta fotografía, más reciente, nos muestra a los nietos del tío Antonio el Galgo de la calle Ancha. Lividio e Ignacio llevan las tortadas el año 1954. En el centro, Vicente con los palomos que agitan las cabezas continuamente. La fotografía está hecha en la placeta al entrar en el atrio de la Iglesia, un poco más acá del estanco.



VI

Retrotrayendo los recuerdos de la infancia, es posible que los lectores viejos echen aquí de menos ciertos detalles que no puedan puntualizar. Por ejemplo que la Justicia no esté presente en el acto, que no se diga nada de la colocación de las mujeres y de los hombres dentro de la iglesia, ellas a la derecha y ellos a la izquierda; que no se destaque la preponderancia de la mujer como madre en la función y su mayordomía llevando a la Virgen en procesión por dentro de la iglesia; que no se puntualice la purificación de la Virgen y el casamiento de los pájaros que fueron conjuntos; que no se vean las Ginetas en ningún actuante, ni en Vicente que no va revestido, etc., etc.

Alrededor de las banderas como símbolo gira o se supone que giran una serie de actos fundamentales, como pasa con el bastón de mando de la Alcaldía, el que toma la vara y el que la deja. Y en la Iglesia la mediación del sacerdote para dar y tomar en la propia mano y escribir en el acta las formalidades del cambio con sus obligaciones y derechos. El abanderado, en este caso el Capitán, suele ser hombre maduro que no la echa jamás, pero la tiene en su casa y nunca faltan mozos rumbosos que gustan de lucirse por las calles y en las puertas de los de la Junta que hay que ir a recoger y llevar con bandera y tambor.

A pesar del interés que han puesto cuantas personas han querido ayudarnos, no se han hallado fotografías de las banderas antiguas y de los abanderados que las echaban al son del tambor. Hay a los lados del altar de la casa las banderas de percal del presente, pero aquellas de vistosas y pesadas cretonas, grandes y difíciles de mover, no se han hallado por ninguna parte, aunque es seguro que las hay y que se perderán inútilmente, como otras cosas del pueblo que se buscan con ansiedad. Quede sin embargo este pequeño recuerdo que me sugirió inicialmente Don Julio Maroto recordando a su abuelo antes de serlo él y alcanzar ese tercer entorchado, que es cuando se queda uno solo: primero hijo, después padre y por último abuelo que es el fin.

El escolante y su escuela



Más o menos todos tenemos recuerdos de la escuela a que fuimos y los compañeros de ese tiempo se estiman como de los de más arraigo que resisten los embates de la vida y florecen al final de ella demostrando las raíces que echaron.

A la mayoría les gustaría rememorar cosas de la escuela y algunos lo hacen con la misma naturalidad que lo cuentan y merece respetarse.

Esa es la causa del presente relato sobre la escuela de Don Emilio Guruchaga, de la placeta de Pachurro, que nos hace Lorenzo Marchante Alvarez.

Don Emilio era un hombre pausado, retieso como todos los rebajotes, con un aire de seminarista que sin saberlo me atrevo a darlo por seguro porque decían que sabía latín y griego que no suelen saber los maestros.

Lorenzo no guarda orden en su descripción, pero siguiéndole como a los valencianos cuando te explican donde está una calle, acabas por encontrarla, a la vuelta de la otra esquina, torciendo a la derecha y al llegar a una zapatería te vuelves como diez pasos y a la izquierda, de frente, das con la esquina de la calle que buscas, pero sigamos a Lorenzo que dice: "daremos una explicación empezando por abajo y de izquierda a derecha".

El primero es Navaliches; el segundo Miguel Cartas, de la plaza de las Almirces; el tercero Vicente Martín, hermano de Bernabé que está el último de la cuarta fila y fue mozo de tren; el quinto es Ramón Pareja, hermano de Francisco que está en la quinta fila el penúltimo y son de Pareja el de la Mina.

Segunda Fila: El primero Narváez, hijo de Don Segis; segundo, tercero y sexto de la quinta fila, los hijos de Carlos Gómez, nietos de la Dositea; el sexto es Flores, hijo de Eduardo el Sacristán; octavo y noveno los hijos del maestro Gurruchaga, el doceavo Camacho, hijo del carpintero que era tuer-to, el treceavo el hijo de Valeriano el de los periódicos; el catorceavo es Coralio Logroño, hijo de Casildo.

Tercera Fila: El tercero y séptimo sin contar el maestro y el séptimo de la quinta fila son los Marchantes Pedro, Luis y Lorenzo, hijos de Pedro Marchante Rubio que en paz descansa, semaforista, el cuarto es Pérez que tuvo la desgracia de perder una pierna y actuaba de limpia en el bar.

Cuarta Fila: El segundo es Rodríguez de Guzmán que su padre tuvo la ferretería en la casa de la Millana, el cuarto Emilio Palmer el de la piedra artificial; el quinto Ufranio Huertas; el octavo Francisco Alaminos, del que hay que decir alguna cosilla sin importancia, que fue monaguillo de chico y ayudando a misa, al contestar "yubentuten mean", el decía orina agre-gando que mean no se debía decir porque era malo.

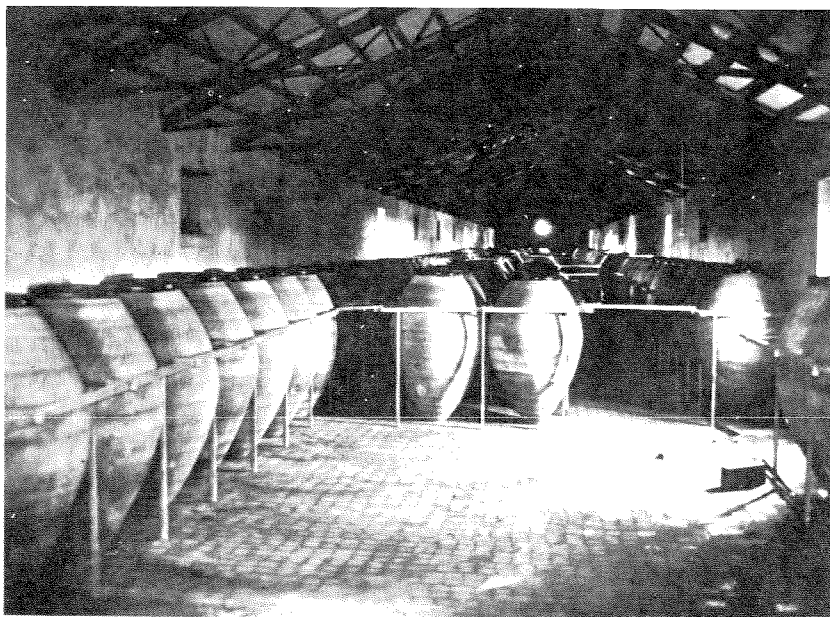
Quinta Fila: Cantares el pastor, un buen chico que tuvo que abandonar la escuela para agarrarse al garrote; el tercero es Cesáreo Calalo que se comía de una vez el ható de toda la semana; el quinto Inocente Arias del Hie-rro, hijo de Julián el Sacristán y el último de la quinta fila es Eusebio Logro-ño, hermano de Perico el catorceavo de la segunda fila.

Todos los demás son muy conocidos aunque Lorenzo no se acuerda de sus nombres y muchos se han muerto y Dios quiera que descansen en paz.

Esta es la bodega grande de Primitivo, 140 metros de larga y 110.000 arrobas de capacidad.

Pocos serán los que se den cuenta de lo que suponía una bodega de esta clase y menos los que comprendan la arrogancia y la disposición de su dueño para desenvolverla. Es una imagen que marca época en la vida alcazareña y merece conservarse.

Vino en bodega y jamón en despensa. O el queso y la bota, siempre en la alforja. Porque vino blanco y vino tinto hacen veterano al quinto.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1982